

AUN
TENGO ALGO
QUE DECIR



Anayansi Ehlers S.

AUN
TENGO ALGO
QUE DECIR

Anayansi Ehlers S.

PRÓLOGO

“Aún tengo algo que decir” encierra en su contenido una realidad. En su narración se aprecian zozobras, tragedias, resignación, felicidad y ternura.

Es la exposición de un ser que abandonó, este mundo, y de una madre encerrada en el dolor de haber perdido a su hijo.

Este exterioriza mediante su vocera, todo lo que hubiera deseado contar sobre su madre, de haber permanecido entre nosotros, pero el cáncer galopante se encargó de hacer de esto un imposible.

Alfredo Ehlers P.

CAPITULO UNO



Que piensan hacer conmigo

Nunca pensé que este dolor me desgarrara el alma no encuentro consuelo Manuela, hija mía, escúchame y sé paciente, por el amor de Dios...

Saray estaba ensayando una obra musical llamada José el Soñador, que se iba a presentar en el teatro de su universidad. Ella tiene una voz preciosa. Es la primera en todas las obras que se presentan en la escuela.

Al oírlo, Deborah, su madre, le pregunta a su esposo Mario:

-Papi: ¿"Quieres oír lo lindo que canta tu hija"?

En ese momento entra Saray y le pregunta a su papá:

-Papi: ¿"Quieres oírme"?

-"Sí, sí, óyela": dice Deborah.

Entonces Mario se queda viendo toda la escena y dice:

-"Deborah, ¿no te has dado cuenta que estoy muriendo?"

-¡"Soy un monibundo"!

Efectivamente, la situación era de tal gravedad que en 48 horas falleció.

Esa misma noche Mario le preguntó a Deborah si en realidad ella quería casarse por la iglesia. La pareja era libre pensadora, nunca habían previsto una situación así. Y por supuesto, Deborah contestó que sí.

El capellán de la universidad estuvo de acuerdo en casarlos y se hicieron los arreglos.

Antes de la ceremonia, Saray acomodó una pequeña mesa para cualquier cosa que el cura quisiera colocar en ella. Había puesto un mantelito tejido a mano, entonces, nos pregunta a Mario su padre y a mí, su abuela:

-¿"Les gusta la mesa"? ¿"Cómo ha quedado"?

Respondí que había quedado muy bonita.

Iba saliendo Saray de la habitación, cuando su papá la llama.

-*"Saray, Saray, te faltó algo".*

-*¿"Qué, papá?", le pregunta Saray.*

-*"Te faltó un clavo": contesta Mario.*

-*"Un clavo, ¿para qué un clavo?" Pregunta Saray.*

-*"Por si acaso el cura quiere sentarse".*

Mario tenía un gran sentido del humor negro, compartido con su familia. Aún en estos momentos fatales lo conservaba.

A la llegada del sacerdote, todos lucíamos muy elegantes. Eramos: Saray, su hermana Amanda, el sacerdote, Mario, Deborah, tu papá y yo. Iniciada la ceremonia y para la lectura referente al sacramento del matrimonio, el sacerdote escogió a tu papá por ser el de más edad, entre los presentes. Tu papá estaba tan emocionado, que al comenzar a leer, se puso a llorar y todos lo imitamos. Se disculpó con el sacerdote por no poder leer y éste le respondió que no se preocupara, que él comprendía la situación. Tomó de las manos de tu papá el libro y continuó leyendo.

Trascendente por estar Mario en artículo mortis, pregunta el sacerdote a la pareja si están en plena libertad para efectuar esta ceremonia y si mantienen su propósito. Los dos contestan que sí. Entonces le acercó el libro a Mario para que leyera y dijera: "Yo, N...(Mario alcanzaba a leer yo y una N, pero el sacerdote no le había advertido que donde estaba la N tenía que decir su nombre).

Mario se colocó los lentes con mucha dificultad y lee:

-*"Yo Mario, yo no acepto a Deborah".*

Y entonces el sacerdote lo interrumpe y le dice:

-*"No, Licenciado, usted tiene que leer aquí esta línea".*

Y volvió Mario y dijo:

-*"Yo no acepto".*

A la tercera vez, el sacerdote le dice:

-“Ahí donde está la N tiene que decir su nombre”.

“Ah, dijo Mario”. Y leyó de nuevo:

-“Yo Mario acepto a Deborah como mi legítima esposa”.

Deborah, por supuesto, contestó correctamente. Pero al decir Mario “No”, a pesar de los sollozos, tuvimos que reímos de esa mala jugada, típica de su especial jocosidad

“Manuela, cuando recibimos la llamada de Antonio comunicándonos la gravedad de Mario, decidimos tu padre y yo posponer el viaje a Chile e irnos a México cuanto antes. Cuando llegamos a casa de Mario notamos que sus condiciones físicas no eran las mejores. Tu hermano elogió mi vestido y me dijo:

-“Estás tan elegante como siempre”.

Nos quedamos junto a su cama todo el día conversando de todo un poco. Se dormía por ratos, todavía estaba coherente y en una de esas que despierta y mira hacia la recámara de Amanda que estaba frente a la suya, y le grita:

-“Amanda, hazme el favor de mantener la puerta de tu cuarto cerrada. ¿Es que quieres que lo último que me lleve sea esa imagen de desorden en tu recámara?”

Amanda, a semejanza de Mario, siempre ha sido muy desordenada. Entrar al cuarto de tu hermano siempre era para verlo muy enredado: libros por acá, pinturas por allá, pinceles, calcetines, billetera, tirados por todas partes.

Al día siguiente comenzó con ciertas incoherencias y a dormir más de la cuenta. En los momentos en que se despertaba nos miraba a tu papá y a mí y en una de esas nos pregunta:

-¿“Qué piensan hacer conmigo”? “Yo me estoy acabando y no veo que estén haciendo algo por ayudarme”.

“Profesionalmente, tu padre se sentía inútil, sabiendo que nada podía hacer”, continuó su relato, luego de unos instantes de silencio. Tu padre no quería interferir con su médico de

cabecera y las instrucciones dadas por él. Sin embargo, procedió a examinarlo con su estetoscopio y su aparato para tomar la presión, para que se calmara un poco y notara que estábamos tratando de hacer algo.

Le tomó la presión, su pulso, sus latidos cardiacos y su respiración. Al ver que sus tonos cardiacos eran cada vez más irregulares y sin vigor, su pulso sumamente débil y la presión muy baja, le comunicó a la familia la condición real de Mario y que el desenlace era cuestión de días. Luego se presentó el hecho de que ya tenía como cuatro días que no evacuaba. Pensaba su esposa que la causa era porque no estaba tomando agua, ni alimentos, sin embargo, lo sometió a una revisión y encontró que la falta de evacuación se debía al proceso tumoral que tenía en el abdomen, el cual le impedía evacuar. En pocas palabras, estaba haciendo un cuadro obstructivo intestinal. Trató de ayudarlo a evacuar, pero no tuvo la aceptación de su esposa y mucho menos del médico tratante. Al día siguiente se presentó la falta de orina, un cuadro más complicado aún. Se pensó que sus riñones no estaban filtrando y que el final estaba a menos de cuarenta y ocho horas.

El día 19 de octubre de 1995 a las once de la mañana, después de estar aproximadamente tres horas inconsciente, Mario se apagó...Tu padre le colocó el estetoscopio ya no se escuchaban los tonos cardiacos y los reflejos de las córneas habían desaparecido. Fue el final".

Al fallecer mi hijo, empezaron los trámites para el sepelio. Se buscó al médico de cabecera para que extendiera el certificado de defunción, trámite imprescindible. Luego llegó la funeraria y a las doce y treinta ó una de la tarde se llevaron el cadáver. Procedieron al instante a quitar todas las pertenencias de Mario de su cama y se eliminó todo lo que se tenía que tirar.

Desdichadamente, cuando llegó tu hermano Antonio a México después de un largo viaje, ya Mario estaba en la funeraria. Antonio no lo llegó a ver con vida".

Tampoco Juan Carlos estuvo en los últimos momentos con su padre, puesto que estudia en los Estados Unidos y su visa estaba vencida. Esa mañana había ido al consulado de los

Estados Unidos para renovar su visa y poder continuar sus estudios. Cuando el muchacho regresó de su diligencia, se encontró con la noticia de que su padre se había ido para no volver.

"Todos nos preparamos para ir a la funeraria. Hallamos los salones con muchas personas, flores y a Mario en capilla ardiente".

Su grupo budista llegó a visitarlo, ya que por mucho tiempo él había estudiado esta religión. Todos los compañeros budistas estaban vestidos de blanco con mucha solemnidad y a Mario también lo vistieron de blanco. Con gran sencillez estas personas rezaban, se acercaban al féretro, prendían sus velas, hacían sus oraciones, llevaban sus estampas y una estatua representando al Buda. Llegó el momento del rito católico y los budistas procedieron a retirar lo que habían colocado en el altar.

Toda la noche del día 19 de octubre para amanecer el día 20 se veló el cadáver. Muchas personas amanecieron acompañando a Mario. Algunas se despedían, otras iban llegando, de manera tal que siempre estuvo acompañado tu hermano. El 20, a las diez de la mañana fue la misa de cuerpo presente y enseguida partió el cortejo fúnebre hacia el panteón.

La cremación duró casi dos horas; había mucha gente acompañándonos. Durante el tiempo que tomó, se podía escuchar como algunos conversaban de distintos tópicos, otros reían; me daba la impresión que lo que estaba sucediendo era la de menos para ellos.

La urna donde se depositaron las cenizas era pequeña, de un metal como de bronce, con su nombre al pie. Deborah recogió la urna, la depositó en mis manos y me pidió que la llevara conmigo en el auto hasta su hogar.

La casa estaba muy adornada, con flores blancas, salvo un gran ramo de girasoles de una amiga alemana. En una ocasión ella le pidió a Mario un cuadro con esa flor; y él se lo había prometido, ya que pintaba bonito.

La urna fue colocada encima de un baúl que está en la sala donde hay varias fotografías de sus hijos, de él y de su esposa.

Ahí permaneció hasta que Deborah y los hijos de Mario tuvieron las fuerzas suficientes para deshacerse de ella. Posteriormente llevaron sus cenizas a Panamá.

Los más allegados a la familia fueron invitados a almorzar. El duelo no le quitaba el apetito a nadie. La rutina seguía, la vida continuaba. Comieron gran cantidad de platillos mexicanos con sus respectivas salsas y por supuesto la cerveza presente. Como a eso de las seis o siete de la tarde todos los que habían llegado del interior del país se fueron despidiendo para abordar su avión de regreso. Y yo, Manuela, no encuentro consuelo. Estoy destrozada con la pérdida de Mario.

CAPITULO DOS



Ya yo no soy

Bueno, todo acabó. Vinieron a despedirme como Dios manda. Sin tristezas, pero sí con muchos recuerdos. Y mientras todo esto sucedía, yo sólo pensaba en la muerte. En esa muerte en que nadie piensa, a pesar que es lo único seguro en la vida. Ese estado de ser y no ser, según como se quiera ver. Mi espíritu vagará por algún tiempo, pero como cristiano tengo la esperanza de que pronto hallará su ubicación en un tiempo y atmósfera diferente. Donde reine la paz, la armonía, la felicidad. Y todo sea celestial. En el cual tenga la oportunidad de ser presentado ante mi Creador; ese Dios que reina y siempre reinará.

Se acabó la carne, lo material, lo superficial. Ya no necesitaré alimentarme, vestirme o simplemente preocuparme por el mañana. Para mí el mañana llegó hoy. Estoy como observador, espiritualmente veo, escucho. Sin embargo, ya lo que le preocupa a los que quedaron, a mi ya dejó de inquietarme. He encontrado el estado ideal. Increíble, pero cierto. Me he liberado.

Pero ante toda esta situación no puedo dejar de fijar mi mirada en esa mujer, tan frágil, tan desconsolada, esa mujer que tanto quise, que tanto he admirado, que hace cincuenta y cuatro años con toda su juventud y belleza estaba llena de ilusiones y esperanzas porque dentro de su vientre empezaba a germinar la semilla de éste su hijo que ayer se había ido para no regresar. A esa edad de 16 años qué iba a pensar mi madre, que hoy estaría llorando por el hijo que con tanta alegría recibió.

Y siento, mamá, que aún tengo algo que decir. Que no te preocupes por el ayer, ese quedó atrás y nunca volverá; por el mañana para qué te preocupas, si ese vendrá y sólo Dios sabe cómo. Vive hoy y disfruta, madre querida, del día que se te ofrece, del sol que brilla hoy para ti, de la lluvia que moja tu jardín, del compañero que aún tienes a tu lado y que tanto te quiere, de tus hijos que te respetan, te quieren y que además, te necesitan. Disfruta, mamá, y no llores por mí, porque yo soy el ayer. Yo pertenezco al pasado. Al ayer que se fue como se va la juventud, como se va la salud, como muchas veces se va el amor.

El ayer que es nuestro pasado con raíces profundas y fuertes que nos trae un archivo de recuerdos y...

En ese instante volví a fijar la mirada en mi madre y recordé irónicamente, toda su vida en lugar de recordar la mía que ya se había ido. ¿Por qué? No sé. ¿Será porque mi vida ya no le servía a nadie? Entonces pensé: "Yo ya no soy, pero ella, ella sí aún es.

Y así me dejé llevar por mis pensamientos y empecé a recordar que mi madre venía de una familia luchadora y tenaz. Ella pequeña en estatura, con gran carácter y personalidad.

Su padre había sido de estatura mediana, moreno claro, con los cachetes siempre colorados y una sonrisa agradable, de facciones muy bonitas con una nariz, se podría decir perfecta, que heredaron todos sus hijos. Él había nacido en un lugar que llamaban **La Frailesca** entre la frontera de México y Guatemala.

Mi madre tenía escasamente diez meses de nacida cuando Lucas, su padre, falleció. Es decir, murió el 29 de octubre de 1925 y ella nació el 8 de diciembre de 1924.

En esa época las cosas no estaban fáciles. Los países eran bastante pobres. Los campesinos vivían de sus cosechas o del ganado. Solamente las personas muy privilegiadas solían tener maestros especiales y, por ello, era una honra decir que mi abuela materna, fue de las que aprendió a leer, escribir y hacer las elementales aritméticas con profesores particulares, un poquito más instruidos que la generalidad de personas.

No podríamos decir que eran ricos; fundadores del lugar, ya que sus antepasados habían llegado de España, pasando igualmente mucho trabajo. Era gente trabajadora que se hacían de sus propias fincas en tierras pertenecientes al estado. Lo que llamamos hoy en día: invasores o precaristas. Se iban haciendo hacendados y luego el gobierno, viendo que las tierras ya estaban cultivadas y que ésta era una manera de ayudar a los campesinos que querían trabajar y progresar, no se atrevía a expropiar la tierra.

Con el tiempo la familia llegó a tener grandes fincas como La Bondad, La Junta, Cerro Colorado, Río Grande y más adelante La Argentina, perteneciente a mis abuelos.

No había dinero, pero sí una manera de vivir. Mi abuela tenía sirvientas, mi abuelo peones, carretas tiradas por bueyes, arados tirados por mulas; el trabajo era arduo, pero al final de la cosecha se reunía cierta cantidad en efectivo.

El abuelo compraba novillos chicos, los metía al potrero y ahí los alimentaba con calabazas y zacate. Cuando ya estaban listos para la venta, él se iba al pueblo para arreglar lo de los vagones del ferrocarril para acarrearlos y viajaba hasta Tapachula donde vendía sus novillos.

Poseía tres carnicerías que manejaban los obreros y únicamente iban los abuelos a recibir las cuentas. Todo su ganado lo tenía marcado con las iniciales de la abuela. Cuando se iba de parranda y costeaba los tragos de licor a sus amigos borrachines, la abuela Isabel se enojaba mucho y le sacaba en cara que había muchos hijos que mantener antes de estar pagando fiestas. Como nunca llevaba consigo dinero en efectivo, firmaba a los cantineros unos papelitos comprometiéndose a pagar con el ganado marcado IR. Los comerciantes le preguntaban qué hacían si la abuela Isabel se negaba a pagar estas cuentas, ya que esas iniciales no eran las suyas. Contestaba que IR era lo mismo que decir Lucas. A pesar de los enojos, la abuela nunca se negó a pagar una cuenta del abuelo.

Al abuelo Lucas también le gustaban los bienes raíces. Compraba terrenos y casas de quincha que hacía de adobe y luego las vendía a muy buen precio. Mi madre definitivamente heredó esta habilidad en los negocios del abuelo.

Desgraciadamente mi abuelo era un hombre sin ninguna preparación, ni educación. Gracias a mi abuela que le enseñó, aprendió a leer y escribir. En ese tiempo aprender las primeras letras era propiamente dicho una osadía, porque la educación constituía un privilegio de gente rica. Cuando uno oía que alguien había ido a la capital para educarse, presumía que pertenecía a una familia pudiente.

El viaje de ese pueblo a la capital era de eternidad. Lo que se hace en tres horas en avión, se hacía muchas veces de quince a veinte días, porque se iba cambiando de carreta en carreta, de caballo en caballo; de tal manera que hacer un viaje a la capital era una aventura.

Lucas, mi abuelo, murió muy joven. Era cinco o siete años menor que mi abuela. A consecuencia de lo que tomaba y que a mitad de la borrachera con sus amigos se iba a meter al río, unas personas decían que se había muerto de pulmonía o intoxicación alcohólica y algunos llegaron a decir que de tuberculosis. Como en esos tiempos no había médicos, sino comadronas y curanderos, pues cómo averiguar la verdadera causa de la muerte.

Mi abuela Isabel empezó a tener a su familia en una época sumamente tormentosa del país. 1908, 1910 no se podría precisar qué era lo que estaba sucediendo, pero había muchas revueltas por todos lados: en el sur, en el norte. En todas partes surgían levantamientos con Emiliano Zapata, se daban atropellos. Existían unos grupos de los que llamamos hoy día guerrilleros, en esa época los apodaban los "mapaches".

Estos mapaches, vestidos con guaraches unos, otros con botas, con sombrero de paja y pañuelo rojo en el cuello de las camisas blancas, entraban en cualquier casa, robaban, violaban y se posesionaban de las mismas. El darles asilo, equivalía a una sentencia a muerte por parte del bando contrario.

El caso es que uno de los comandantes era amigo íntimo de mi abuelo y éste le dio asilo. Las sirvientas de la casa se pusieron a moler maíz como era la costumbre y a hacer tortillas, frijoles, etc.

Los mapaches también se robaban los niños que les gustaban; era uno de los temores de mi abuela, ya que uno de sus hijos era realmente precioso. Tenía los ojos como cielo, el cabello rubio, y muy blanca su piel como espuma del mar. La abuela no sabía dónde esconder a su hijo para protegerlo de esta gente, hasta que le dio por ocultarlo en un baúl. Por suerte, al irse este grupo a otros estados vecinos, mi abuela

pudo sacarlo. Gracias a que el niño era robusto y sano, no sufrió el encierro.

Por supuesto que al irse los guerrilleros, vino el ejército nacional a llevarse preso a mi abuelo por haber dado asilo a los contrarios. Cuando llegó la leva (que así llamaban a una gran cuerda de prisioneros), a empujones y metralleta en mano sacaron a mi abuelo Lucas. ¿Qué rumbo llevaban? No se sabía. Mi abuela preguntaba desesperada dónde se llevaban a su marido, todos los niños lloraban; en fin, era un caos.

Pasado los días, seguía mi abuela sin saber el paradero de su esposo. Por casualidad, de boca de la gente, le anunciaron que su marido estaba en la capital. Ella, ni corta ni perezosa, dejó a sus criaturas con los sirvientes y unas tías; y partió hacia la capital para ver si rescataba a su esposo.

No se sabía quién iba a entrar: sí Pancho Villa, el ejército o Zapata.

Esa ciudad era un desastre. Para conseguir dos piezas de pan, como se le decía en esa época, había que hacerse de la fila más corta que siempre se hacía muy larga. Se obtenía con mucha zozobra y trabajo.

Saqueaban tiendas, secuestraban políticos, raptaban a personas; en fin, las cárceles estaban repletas. Había tantas mujeres en busca de sus maridos que no se sabía por dónde empezar.

Supo la abuela que había una persona de nuestro estado, un militar con alto rango y fulano de tal; de casualidad, íntimo amigo de la familia de ella. Los familiares de Isabel siempre fueron mucho más preponderantes y reconocidos que los de Lucas.

Cuando mi abuela supo que el Teniente Coronel Sánchez era el encargado de todos los prisioneros, movió cielo y tierra para lograr una entrevista con él; hacerla realidad era como ver a Dios padre en el cielo. Se sentaba por horas y horas en las escalinatas del cuartel, mirando a qué hora podía abordarlo. Uno de esos largos días en que ella estaba en la sala de espera, entra este señor y la ve. Muy linda era mi abuela. Alta, de ojos

azules, delgada, con porte aristocrático. Vestía un traje de mangas largas y ribetes en las muñecas, cuello alto, muchos encajes en el pecho, la falda ceñida hasta la cadera y de ahí caía en forma de campana hasta los tobillos; guantes y sombrero que siempre usaba. Destacaba entre todas las campesinas en busca de sus maridos.

El militar se acercó y le preguntó: "Isabel, ¿pero qué haces por acá"? ¿"Cuándo llegaste del pueblo"?

Mi abuela llorando le dijo: "Ando en busca de Lucas mi marido". Y le relató todo lo sucedido.

"No te preocupes, Isabel", le dijo. "Dentro de cuarenta y ocho horas te devuelvo a tu esposo". Y así fue.

Mi abuelo, temblando de miedo porque no se podía decir que era un hombre valiente, más bien bastante calmado, como mi tía Magdalena, volvió al pueblo junto con su mujer.

Mi madre Clementine tuvo ocho hermanos: Bernabé que nació en 1908, Javier en 1910, Azucena en 1912, Magdalena en 1913, María en 1914, Esperanza en 1915, Juan Ignacio en 1917, Aarón en 1918, 20 ó 22 y mi madre, la más pequeña en 1924.

Bernabé fue fruto de una relación fallida con un potentado de apellido González. Éste nunca quiso reconocer a Bernabé. En esa época tener un niño sin tener antes un casorio, era mal visto. A raíz de este percance, sus padres cuidaron mucho más de Isabel, para que no se repitiera lo acontecido. Luego, llegó mi abuelo Lucas y sí ofreció matrimonio por la iglesia como se estilaba en ese entonces. Reconoció a Bernabé como hijo. Lucas siempre fue muy noble. Tenía un gran corazón.

Mi abuela era un poco más reseca, pero no dejaba de ser también muy buena persona. Siempre ayudaba como una buena samaritana. Además de sus hijos, cuidó a dos sobrinas que se llamaban Guadalupe y Gloria, huérfanas de padre y madre.

Tuvo también que encargarse de una sobrina que accidentalmente mató a su madre de un balazo. María se llamaba, hija de una hermana de Isabel. Le gustaba la cacería.

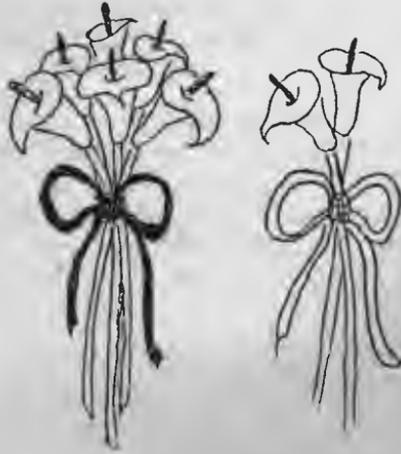
Un día, al regreso de cazar con unos amigos, le comenta a su madre que un primo iba para la capital. Aprovecharía para llevarse uno de los revólveres que estaba dañado, para ver si lo reparaban. María no hace más que tirar del gatillo para demostrarle a su madre que la pistola estaba dañada, cuando sale la bala directa hacia donde estaba ésta sentada frente a la máquina de coser, la mató instantáneamente. Cayó la madre y María se desplomó en el suelo por la impresión de ver lo que había sucedido. Cuando mis tíos Juan Ignacio y Aaron entraron a la estancia, se encontraron con que habían dos personas en el suelo. Corrieron a llamar a Isabel y desde ese momento ella se hizo cargo de cuidar a su sobrina.

María enloqueció. Se columpiaba en la hamaca como una loca. Se trepaba en las paredes. No le hacía caso a nadie. Mi abuela se encargaba de darle las medicinas y atenderla. Apenas tomaba la medicina se dormía. Entonces Isabel aprovechaba y se la traía al cuarto. Un día cuando le dice a mi abuelo que iba a buscar a María, éste le responde: "Tú siempre mandas a Magdalena a darle la medicina a esa loca y un día de estos ella va a hacerle un daño a nuestra hija". Mi abuela no le hacía caso. Lo más que le decía cuando se sentía con ganas de responder era que ella no podía desamparar a su sobrina, hija de su querida hermana.

Mientras Isabel se fue en busca de la chica y los demás niños estaban durmiendo, Lucas, que no le tenía mucha paciencia a las locuras de la muchacha, escuchó la voz de la madre de María que le decía: "Lucas, cuida a mi hija, tenle un poco de paciencia". Lucas asustado salió corriendo en busca de la abuela Isabel y le comentó sobre lo que había escuchado.

La abuela le dijo que su hermana le estaba recomendando su hija y pidiéndole que fuera más condescendiente con ésta. María, gracias a los cuidados y cariño que le dio mi abuela Isabel, con el tiempo se recuperó. Vivió en casa de mis abuelos hasta que se enamoró y se casó.

CAPITULO TRES



Los hijos de Isabel

Al morir Lucas, la abuela preocupada por la suerte de sus hijos, determinó con los seis niños que le quedaban, ya habían muerto tres recién nacidos, trasladarse a vivir a la capital. Tenía una anciana amiga que siempre le vendía dulces y cada vez que la veía, le decía: "Ay, Isabel, tan bonitas que están tus hijas. Parecen italianitas. Llévatelas por ahí, lejos a otros lugares. Porque aquí cuando crezcan se te van a casar con estos caleranos huevos cenizos".

El temor de Isabel en realidad se debía a lo convulsionado que estaba el país. Asaltaban las haciendas, los muchachos que ya tenían 16, 17 años se dedicaban a robar ganado y caballos. Mi abuela no quería que sus hijos terminaran así y sus hijas quedaran en algún burdel de alguna finca cercana. Con mucho trabajo se trasladó a la capital; para ese entonces mi madre tenía apenas dos años.

Cuando enviudó Isabel tuvo otros admiradores. Entre ellos había un finquero que estaba enamorado de ella. Cuando la abuela dejó el pueblo, le escribía cartas de amor ofreciéndole adoptar a todos sus hijos, ponerlos en la escuela y ser para ellos como un padre. Pero ella decidió continuar sola su destino y velar por sus hijos, sobre todo porque tenía tres hijas.

Bonita como siempre la ciudad de México, muy colonial, muy de calles empedradas, muy de calles de ladrillos, coches tirados a caballo, las señoras vestían de largo, siempre con sombrero, siempre con esa gallardía.

Primeramente llegaron a la casa de una prima de mi abuela que se había hecho enfermera, para esos tiempos una semidiós. Esta señora les dio albergue, era prima hermana de doble vínculo. Las dos tenían los mismos apellidos, pero invertidos. Les dio acogida por un tiempo, pero seis niños y una viuda en dos cuartos era un atropello. A veces había qué cocinar, a veces no. Aunque la vida era bastante barata, el dinero era escaso. Isabel rápidamente se ubicó con sus hijos en una casa y así se fueron levantando con mucho esfuerzo. Ya que si bien es cierto que el abuelo les había dejado unas casas y unas fincas, el dinero de las rentas alcanzaba para tan solo ir pasando sin lujos.

Mi abuela para distraer a sus hijos que no tenían juguetes, los llevaba a la Alameda para que jugaran. Ahí los sentaba a todos, les compraba cinco centavos de cacahuets y le daba un puñito a cada niño para que pasaran el rato rompiendo la cáscara y comiéndose el maní. Ella mientras tanto se ponía a leer o a tejer, siempre observando a los muchachos. Le gustaba mucho la lectura. Cuando eran las fiestas de Navidad los llevaba al Zócalo a ver los arbolitos y el decorado, así las celebraban.

Mi tía Azucena, la mayor de las hijas de Isabel, se casó con su novio de toda la vida antes de venirse mi abuela a la capital con los demás. Esta relación de mi tía Azucena con su esposo César, a pesar de que se casaron tan jóvenes, duró 60 años. A los 50 años de casados, mis tíos decidieron renovar sus votos de amor ante el altar nuevamente e hicieron una misa en la iglesia del pueblo, seguida por una gran fiesta que duró tres días. Asistí a la misma junto con mi esposa Deborah y muchos de mis primos. La pasamos muy divertidos, había mucho licor, mariachis, comida, flores. Ellos estaban muy emocionados como si estuvieran recién casados. Ésta fue una pareja muy simpática y querida.

Mi tía Azucena, a pesar de que quedaba embarazada, perdía todos los hijos. El que más le duró vivió como por un año. Ella fue siempre muy dinámica. Sabía, tejer, bordar, cocinar, hacer pan, pasteles, de todo y la que realmente llevaba las relaciones públicas en ese hogar. Era una comerciante muy audaz, además de ser una política de primera. Todos los días camino al negocio que tenía frente al parque, recorría las oficinas públicas del pueblo dando los buenos días. Cada vez que llegaba al pueblo un personaje importante del gobierno, ahí estaba tía Azucena en primera fila recibiendo a los visitantes. Rubia, alta, siempre colorada, de ojos claros, y esbelta. Siempre andaba deprisa. Todos los días tenía que ir al mercado, al banco, al negocio. A las diez de la mañana como toda una hacendosa esposa esperaba a su marido, para darle su almuerzo. Éste consistía en camarones secos, frijoles, tortillas, huevos revueltos, pan dulce, café con leche, avena, uno que otro tamal.

Mi tío César de joven fue bastante casquivano. Pero los años y las correteadas que le daba mi tía a las amantes a punta de pistola, hicieron de él un hombre tranquilo y fiel. Envejeció sentado detrás del mostrador del negocio, siendo atendido y consentido por tía Azucena hasta que ella falleció de cáncer.

Mis tíos vivían en una casa muy grande que quedaba en toda una esquina. En realidad ellos ocupaban muy poco de la casa para vivienda. El resto lo tenían siempre como depósito de los refrescos y cervezas que distribuían. La casa tenía dos patios internos con pozo en el centro. Cuando de pequeños nos llevaban de vacaciones a Arriaga disfrutábamos mucho esa casa. Habían lugares de la casa que no queríamos frecuentar, ya que decíamos que eso parecía el **más allá**. A tía Azucena no le gustaba que nos hospedáramos en un hotel, así que nos quedábamos en su casa. Dormíamos sobre las camas de piedras. Le decíamos así porque en realidad eran cajas de cervezas acomodadas como camas. Mi tía les colocaba unas sábanas y almohadas encima y ya estaban listas. Lo que más nos gustaba era que tío César mandaba a instalar neveras y las llenaban con refrescos para que pudiéramos coger todos los que quisiéramos.

Los tíos hacían su vida en una habitación muy grande que dividían en recámara y sala. Un pasillo que daba hacia uno de los patios era el comedor, pegadito a la cocina y en donde siempre colgaban una hamaca para la siesta del tío César. A un lado del comedor había una jaula con un loro. Se llamaba Paco. Le silbaba a todo el que pasara. Como Azucena quería mucho a mi papá Juan José, le enseñó a decir su nombre. Cada vez que mi padre se acercaba, el loro lo llamaba.

Para ir a los baños había que caminar un poquito. ¡Cómo disfrutábamos ese estilo de vida que para nosotros era muy novedoso, ya que no era el nuestro! A ellos los llenaba el comercio y sus negocios. Eran dueños de muchas cantinas y los camiones de reparto entraban y salían todo el santo día. ¡Era muy divertido vacacionar en ese pueblo! Los tíos tenían dos hermosas casas con todas las comodidades. Una la tenían alquilada, la otra cuando la quisieron ocupar, fue tarde para ellos. Retrasaron tanto esa mudanza que les llegó la muerte, antes de que pudieran disfrutarla.

Para llegar a Arriaga había que pasar por un cerro muy peligroso, luego bajar y bajar hasta llegar al pueblo. El lugar era muy caliente y en esos tiempos en que lo visitábamos nos gustaba mucho, ya que tenía cosas que no veíamos en Panamá. Recuerdo una vez que mis hermanas estaban vestidas con pantalones cortos y se fueron caminando hasta cruzar el parque, para llegar a una tienda de los tíos. Sin darse cuenta detrás de ellas venían muchos muchachos asombrados, suponemos, por los pantalones cortos. Tía Azucena tuvo que salir del negocio y ahuyentarlos. Nos quedábamos por ratos en la tienda a vender kerosene y otras cosas que ahí se podían adquirir. Los indígenas a veces llegaban a la tienda. En una ocasión nos hizo mucha gracia ver que uno entró, compró un real de galleta, salió y en eso fueron entrando uno por uno a comprar lo mismo como en fila india.

Los taquitos; las paletas de agua y de leche; las aguas frescas de melón, guanábana, limón, de Jamaica; los quesos; han sido las mejores que he probado en mi vida. El norte con esos vientos fuertes arrastrando toda la tierra y piedras que pudiera llevar, alzando todas las faldas, azotando los árboles a su paso, no lo olvidaré jamás.

Nunca olvidaré a esta tía tan querida que me hizo reír tantas veces con sus ocurrencias y sus chistes. Cuando me relataba el viaje que hizo a Europa, yo no aguantaba las carcajadas, ya que definitivamente estaba segura que así había sido. Según ella, en Nueva York montaron a todos los pasajeros en un tren y así cruzaron el Océano Atlántico hasta llegar al viejo continente. Era evidente, había perdido un poco la noción de lo ocurrido durante el viaje que había efectuado. La tía paseó y viajó bastante, pero en esta ocasión, la memoria la traicionó.

La otra hermana de mi madre se llama Magdalena. Siendo muy niña, de cuatro o cinco años, tuvo un incidente que dejó a todos en la casa asustados. Mi bisabuela Simeona había fallecido hacía unos meses, Magdalena ni se dio cuenta de este acontecimiento. Isabel preparaba chocolates que le daba la forma de bola y pan. Para que los niños no se los comieran todos a la vez, los guardaba en un armario bajo llave, ésta la llevaba en un bolsillo. Magdalena era una niña de cabello rubio y llevaba rizos. Un día, estando mi abuela con otras personas

en la sala, se presentó la chica con el cabello trenzado y comiendo chocolate. Le preguntó Isabel: ¿"Quién te ha dado el chocolate y te ha peinado tan bonita?" La niña va contestando con la inocencia de una criatura: "Yo estaba con la abuelita Simeona y la abuela me ha hecho trenzas y me ha dado chocolate". "Simeona", repitió mi abuela un poco turbada. Inmediatamente buscó en su bolsillo la llave que halló en su lugar. Todos se miraron unos a otros asustados por el incidente que no dejaba de asombrarlos.

Ella de joven fue muy bonita. Había un viejo muy rico, con casas clandestinas de juegos, muy enamorado de Magdalena. Se arrodillaba pidiendo a la joven en matrimonio. Le prometía el cielo y las estrellas, pero mi abuela le contestaba que ella no podía forzar a ninguna de sus hijas a casarse sin amor. Cada una escogería su esposo. El vetusto en forma dramática le contestaba que si Magdalena no era para él, no sería para nadie. Ésta se asustaba un poco de lo que él decía y hasta abajo de la cama fue a dar una que otra vez cuando el señor llegó a la casa; descansó de este pretendiente cuando el caballero murió.

Tía Magdalena en una ocasión participó en un concurso de belleza. Tenía una cara casi perfecta, modelada, de tez blanca, pero no de ojos tan claros como los de Azucena. Se casó tres veces. La primera vez fue durante una de esas vacaciones al pueblo. El galán era guapo y perseguido por las solteras que habían permanecido en el pueblo, rubio, contador de una de las principales colectoras de maíz y frijol. En esa época devengaba un salario mensual de \$150 pesos, una pequeña fortuna.

El sabía de muchas cosas: desde como tostar un café, servir un coñac, hasta cómo sentarse a la mesa. Poseía una receta especial para hacer el café. Todo el que lo tomaba ineludiblemente preguntaba cómo lo hacía, ya que sabía diferente. El decía que cuando ya está tostado el café, se apaga, se le echa una cucharada de mantequilla y un puño o lo que agarre la mano de azúcar. Se esparce bien, se revuelve, se tapa y después se muele. Quedaba ese café exquisito.

Este galán estaba sumamente enamorado de mi tía Magdalena, a tal punto que la cargaba de la bañera al cuarto,

en donde la acomodaba en la cama y empezaba a secarle dedo por dedo hasta que quedara completamente seca. Esta relación duró por algunos años con mucha armonía hasta que la suegra de mi tía empezó a cuestionar la falta de hijos de su nuera. Es más, le atribuía la falta de hijos a Magdalena. Por supuesto, al no llegar éstos al hogar, la relación empezó a deteriorarse hasta llegar al divorcio.

Una vez separada mi tía, entabló relaciones con otro hombre y enseguida quedó embarazada. Ella disfrutaba paseándose enfrente de la suegra con su vientre inflado para callarle la boca y demostrarle que ella no era la culpable por la falta de hijos. Ni era una mula como acostumbraba la suegra a llamarla.

El segundo esposo de tía Magdalena también era bien parecido, de muy buena familia descendiente de italianos, pero tenía un gran defecto; era alcohólico. Esta relación definitivamente fue corta, dejando un hermoso retoño varón.

A la fecha mi tía está casada con un médico panameño de quien tuvo otro hijo varón. Creo que la vida de ella no ha sido muy feliz. Tuvo tres enlaces, pero aparentemente por lo que le he escuchado en varias ocasiones el más feliz fue el primero que lastimosamente no perduró como ella hubiera deseado.

Por seguir a su tercer esposo, mi tía Magdalena dejó a su primer hijo en manos de tía Azucena quién no había logrado los propios. Tía Azucena crió a mi primo con mucho amor y mucha disciplina. Recuerdo la vez cuando mi primo fracasó en la facultad de medicina por andar de jueguista y de novia en novia. Azucena, luego de haberle dado un tremendo regañón, lo puso como camote y a trabajar. No dejó que continuara sus estudios.

Azucena daba amor, pero exigía un buen comportamiento y mucha lealtad. Mi primo, a pesar de que sabía que no era su madre, la llegó a querer, me atrevo a decir, que con más fuerza que a su progenitora. A veces percibí los celos entre ambas hermanas debido a este hijo. Creció conociendo a dos madres, pero en el fondo de su corazón con interrogantes y de seguro con rencor, aunque tratando de ocultarlo siempre.

Ya la finca no era tal, sino ahora un pueblo bastante progresista. Pasaba el ferrocarril por el centro del pueblo. Había muchas haciendas dedicadas al cultivo del maíz, frijol y otros granos. Existían grandes bodegas llenas del grano que era embarcado a la capital; todos los días salían furgones y furgones del ferrocarril para llevarlo. Le llamaban el granero del país.

Mi abuela con el tiempo tuvo que vender las cuatro casas viejas que por muchos años proveyeron renta, para ayudar en la manutención de la familia en la capital. Las vendió a medida que sus hijos se iban casando para sufragar los gastos que siempre se presentan en estos casos. El rancho perduró hasta la muerte de mi tía Azucena. **La Argentina** con el tiempo se vendió.

Mi tío Juan Ignacio era un muchacho arrogante, inteligente, él presentaba exámenes por otras personas. Tenía una fuerte personalidad y, no sé si por herencia o por el ambiente, tomaba mucho licor. Era muy amigo de Beny Moré y cuando éste se encontraba en la ciudad de México, se frecuentaban mucho. A veces mi tío Aarón y papá Juan José se reunían con ellos, haciendo tiempo en la tertulia hasta cuando Beny tuviera que subir al escenario.

A Juan Ignacio le apasionaba el boxeo. ¿Pero, cómo, cómo podía llegar él a tener unos guantes de boxeo si en su vida sólo había tenido privaciones? Pues en su primer trabajo que tuvo, lo primero que se compró fue un par de guantes de boxeo. En una pelea callejera le llegó a ganar a un muchacho, que con el tiempo fue campeón en México.

Este tío se casó y luego de tener una niña con su esposa, se divorció y contrajo nupcias con la mejor amiga de ésta. Era un hombre a quien le gustaba la vida. Cada vez que podía escaparse de fin de semana a Las Vegas a ver algún espectáculo o jugar en los casinos, lo hacía. Cuando podía se iba con los amigos de ambos al Lago de Tequesquitengo a pasarla bien jugando, tomando licor, paseando en bote o simplemente en grata reunión con los que llegaran a su casa. Estando una vez en el Lago, tomó tanto licor que sacó la pistola y empezó a disparar contra un bohemio que andaba enamorado

de una panameña amiga de él. Entre risas los amigos comentaban que había que cuidarse de él cuando tenía unos tragos dentro.

Con su segunda esposa tuvo muy buena vida y adoptó una niña. A pesar de que ganó mucho dinero como abogado, cuando murió la esposa se dio cuenta de lo mucho que habían dilapidado con la vida desordenada de ambos. Llegaron al final de sus vidas en forma precaria, nunca pensaron en el mañana. Por suerte, la hija adoptada estuvo con ellos en sus últimos momentos para auxiliarlos. Con la ayuda de mis padres logró formarse profesionalmente, para poder competir en la fuerza laboral de la ciudad de México. Estudió contabilidad y entró a trabajar en un banco.

Aarón, el más joven de los hermanos de mi madre, suave, más alegre, dado a la anécdota, al cuento y muy simpático, bailarín y de temperamento. Cuando lo invitaban a comer y le preguntaban si se había lavado las manos, contestaba muy circunspecto: "como no, me las lavé ayer". Decía tío Aarón, que cuando hacía política le expresaba a los votantes. "Querido pueblo de Villa Flores, queridos amigos, queridos compañeros, yo soy un hombre humilde, soy muy pobre, no tengo dinero, ni ganado, ni propiedades, pero si ustedes votan por mí ya los tendré". Una vez mi abuela Isabel le notificó que le había llegado un telegrama que decían que era muy urgente y él le contestó: "Urgente para ellos, para mí no". Si era necesario quitarse la camisa para que otro se cubriera, él lo hacía. Quizá un poco menos inteligente que tío Juan Ignacio, pero con el tiempo llegó a hacer más dinero que ninguno.

Tenía negocios en el Estado de Chiapas a donde regresó cuando creció. Su primera esposa con la que tuvo tres niñas y un varón, se pasaba metida en la iglesia atendiendo al cura.

Esto dio pie a que tío Aaron, lleno de vida y picardía, encontrara atención en manos de otra mujer con la que tuvo un niño y una niña. Bastante joven, mi tío murió de una neumonía masiva cuando aún estaban sus hijos chicos. Ninguna de las viudas se volvió a casar. Las dos lograron hacer de sus hijos verdaderos profesionales.

Mi madre tuvo una niñez más buena que mala. Desde pequeña reveló un carácter fuerte. No se dejaba de nadie; en la escuela decían que era muy inteligente. Le gustaba la oratoria, la poesía y mucho la lectura. Siempre era escogida para actos culturales.

Tenía entonces ocho años de edad. Peleaba con los varones. Si le gustaba algo que tenía otro niño, primero lo convidaba a que jugaran juntos, pero si no lo hacía y se rehusaba, le quitaba lo que tuviera. Si tenían patines o bicicletas, con muy buenos modales se los pedía prestados y si le contestaban que no molestara y no se los prestaban, les daba un aventón, se los quitaba y salía corriendo.

Así, mi madre aprendió a patinar y a montar en bicicleta con juguetes ajenos.

Las fiestas navideñas que después se celebraron con bastante lujo, eran desconocidas para mi abuela y sus hijos. La primera vez que mi madre tuvo un regalo se debió a un pretendiente de Magdalena, que le regaló una muñeca y el consabido juego de té. No sabían mis tíos si estas fiestas había que celebrarlas o si comprar esto o aquello; aunque así fuera, no había con qué.

Con el tiempo, cuando mi madre se fue a vivir al pueblo con su hermana Magdalena, fue que supo lo que eran estas fiestas. Que por cierto no se acostumbraban en el pueblo. Pero como su hermana se había casado con un hombre que sin salir de Arriaga estaba enterado de todo lo que pasaba en el mundo, así mi madre vino a saber lo que eran los regalos.

Isabel, al ver que su hija Clementine, mi madre, andaba siempre con varones porque en la vecindad no había muchas niñas de su edad, le pidió a la tía Magdalena que se la llevara al pueblo para seguir sus estudios allá. Cuando mamá tuvo 10 años, ya vivía con la hermana en el pueblo. Se puede decir que la enseñanza familiar que recibió fue de primera. En ese tiempo mi madre aprendió muchas, pero muchas cosas.

Para esa época ya contaba Arriaga con dos escuelas primarias: una la Escuela del Estado y la otra la Escuela Federal donde asistió mamá. Por supuesto que la Federal era la que

tenía más fama y se le daba más preponderancia, no sé si por el nombre o porque fue la primera en el pueblo. Tenía un profesorado excelente. Podría decirse que lo que sabía lo aprendió en la primaria. Enseñaban geografía, historia, les leían pasajes del Quijote, les obligaban a leer un libro; estamos hablando de cuarto, quinto año de primaria. Practicaban mucho la caligrafía y la ortografía. Las palabras que pronunciaban mal o no sabían escribir, se las hacían repetir cien, doscientas veces, hasta que las dominaban. Se puede decir que fue una enseñanza privilegiada. El tiempo que estuvo mi madre en el pueblo fue el mejor de su vida.

A Clementine la capital no le gustaba. Cuando se la llevaron del pueblo cómo lloraba por ese lugar, cómo lo extrañaba: a las amigas de la escuela, el pequeño parque, la marimba de los domingos, las fiestas de disfraces, el tren que cruzaba el pueblo, el viento que soplabá del norte.

Es decir, ese poblado era su mundo. Venir a la capital encontraba ella que era un absurdo. ¿Qué hacía ella aquí? A tal punto llegó su añoranza por Arriaga, que su hermana Magdalena volvió a mandar por ella, luego que hizo dos años de secundaria en el Distrito Federal.

Regresó al pueblo. La primera fiesta de quince años que se hacía en el pueblo fue la de mi madre, porque esto no se acostumbraba en Arriaga. Hubo pastel, traje largo, músicos; en fin, fue un acontecimiento social porque mi tía y su esposo se codeaban con la crema y nata del pueblo.

Después de la fiesta de las quince primaveras el panorama se puso un poco nebuloso. En pocos meses hubo tantas dificultades que mi abuela mandó a buscar a mi madre.

La unión matrimonial de mi tía Magdalena empezaba a desmoronarse y la magia en que había vivido durante todos estos años se convertía en una realidad de contrariedades y desilusiones. Ella siempre estaba celosa. Todo se tornó en un desastre.

CAPITULO CUATRO



Nupcias

Cuando mi madre regresó a la capital después de cumplir sus quince años, su hermano mayor Bernabé ya trabajaba y le iba bastante bien. Se había casado y a pesar de esto siempre visitaba a mi abuela todos los días. Él tenía un auto, cosa inusual en esos tiempos. Un día le dijo a mi madre que la llevaría a los Estados Unidos de Norteamérica por una semana, para que ella apreciara lo que era un gran país. Fueron mi tía Azucena, que para esos tiempos ya había regresado a la capital y había puesto junto con su marido una serie de lecherías muy exitosas. También, fue la esposa de mi tío Bernabé.

El viaje fue muy largo. En ese tiempo, lógicamente aún no había autopistas. La carretera era bastante sinuosa y angosta; distaba de ser un buen camino. Iban haciendo escalas en distintos puntos para estirar las piernas, comer, descansar y dormir.

Lo que más le entusiasmó a mi madre de los Estados Unidos fueron las tiendas. En esa época uno compraba con un dólar muchas cosas. El dinero que Clementine llevaba equivalía a \$5 (dólares). Con él compró lápiz labial, una polvera, una mascada, un rímel muy de moda y un lápiz de ceja. Hoy día nada se compra con esa cantidad. Estaba tan entusiasmada con ese viaje, que creo que desde entonces le gustó ese país. Tenían un sistema en las tiendas, que el listo y audaz robaba todo lo que quería. La mercadería estaba a la vista del comprador, una maravilla que mi madre nunca había visto.

Al regresar de los Estados Unidos, Clementine, la menor de sus hermanos, se casó. No diría si fue por amor o con el afán de salir de este cuadro familiar, de progresar. Las cosas que se hacen por este motivo, sencillamente no resultan, sobre todo cuando uno va al altar con un embarazo de por medio. Si casarse así era un escándalo, no hacerlo por la iglesia, aún mayor. Se casó por la iglesia y por lo civil. Había tantas restricciones en esos tiempos, que ahora uno se ríe de ellas. Lo que mal empieza, mal termina. Al poco tiempo de nacer yo, vino el divorcio.

Nací cuando ella tenía dieciséis años. No se podría decir que el matrimonio de mi madre fue un enlace como tal; mi padre se quedó en su casa y ella con la abuela. El era

estudiante del segundo año de medicina, aparentemente a mi madre le gustaban los médicos. A mi papá lo amenazó su familia para que se divorciara; de lo contrario le suspenderían la carrera. Con una relación no muy firme ni estable, así sucedió.

Hubo dificultades, siempre existen en las familias que se creen superiores. La familia de mi padre y él mismo, pusieron en tela de duda que el hijo que llevaba mi madre en su vientre fuera producto de su unión. Al nacer efectuaron exámenes de compatibilidad sanguínea. Esto violentó a mi madre y fue el inicio de la separación conyugal. Empezó su liberación del enclaustramiento en que se encontraba en un pueblo de Oaxaca, testigo de las usanzas y costumbres autóctonas de esa región del Estado.

Una nueva era comenzaría desde ese momento para ella. Nuevas ilusiones, aventuras, pensamientos y metas. Era justo, pues aún se encontraba mi madre en su primaveral adolescencia.

Fue así como sus pasos la llevaron a buscar otros caminos y aunque aparentemente había borrado de su mente dicho fracaso, buscaba Clementine refugio en kermeses y saraos identificados con el nombre y los rasgos de su pasado.

Basta recordar el centro social oaxaqueño, bailes de aniversario de la colonia chiapaneca, bailes del colegio militar como invitada de cadetes de esta región. Envuelta en todo esto, su vida dio un giro de 180 grados.

El domingo 7 de octubre de 1945, mi madre conoce a un joven panameño en un centro de baile. En sano esparcimiento se cruzan palabras, bailan, se miran y aparentemente se simpatizan. No cambian de parejas en toda la noche y acuerdan verse cinco días después. Ese día sería el 12 de octubre del 45.

Las paredes del edificio **Guardiola** en la intersección de las calles San Juan de Letrán y Avenida Juárez, son testigos silenciosos de la ausencia de Juan José. Este temeroso de un compromiso prematuro, no se presenta a la cita y continúa la rutina diaria de sus estudios en la facultad y su esparcimiento los domingos.

Sin embargo, Juan José asiste nuevamente al centro de baile y se encuentra con Clementine, pero esta vez no acompañada de su prima sino de sus hermanos Aarón y Magdalena. Quizá para inspirar más respeto y seriedad.

En esta ocasión el diálogo va tomando más seriedad y las palabras bonitas fluyen al oído de mi madre. Terminado el baile, con la anuencia de mis tíos, Juan José los acompaña hasta su casa en una de las colonias populares de la ciudad, en donde residían con la abuela Isabel. Mi tío Aarón, un muchacho alegre, campechano, bohemio, invita a mi futuro papá a continuar la pachanga. Inician el peregrinaje por los burdeles y antros de vicio de la colonia. Era la prueba de fuego para Juan José, que no se dejó sorprender. Siendo un joven prudente y astuto, pronto le dio punto final a este jolgorio, no sin antes decirle a Aarón que se había enamorado de su hermana y que tenía intenciones de seguirla pretendiendo.

Juan José recibió la anuencia de Aarón y él sigue "pa'lante". Clementine inicia el noviazgo con una modalidad enviándole una carta todos los días por correo a la colonia Juárez donde vivía y espera la respuesta la noche siguiente. A los seis días, recibe Juan José una carta en la cual Clementine se sincera. Confiesa su fracaso anterior y el producto actual de un niño de tres años y medio. Esa noche Juan José deja de asistir a su cita, pues requiere de tiempo para pensar. A la noche siguiente el amor puede más que él y lo lleva a su nido, el parque de los enamorados frente a las calles de Balderas y una fortaleza militar, donde estampa su decisión de continuar con esta relación.

Epoca maravillosa aquélla. Recoger a Clementine que en ese entonces estudiaba secretariado en una escuela privada. Caminar por la Avenida Bucareli hasta el parque de los enamorados. Romancear sanamente por espacio de una hora y caminar otras diez cuadras para llegar a un modesto restaurante. Cenar dos taquitos. Oír la pieza preferida: **Nohecita Nohecita que de Ensueño fue mi vida** y repetir el mismo episodio al día siguiente.

Tenía cuatro años cuando mi madre contrajo segundas nupcias con el estudiante panameño del primer año de

medicina. Juan José era muy mal visto por nuestra familia, porque no había que casarse con extranjero. Mi tío Bernabé, el mayor de los hermanos de mi madre, era muy estricto, muy chapado a la antigua, a pesar de que se le conoció al momento de morir de una cardiopatía e insuficiencia, que se había casado a escondidas con la madre de un compañero de la escuela. Y supimos esto ya que en su lecho de muerte se pasó llamando a la esposa; tenía a todos preocupados, ya que la esposa que le conocían estaba ahí junto a él. Resultó que no era esa a la que él llamaba, sino a la otra que por la edad podía haber sido su madre. Se había casado con ésta en sus años de adolescente.

Decía este tío que nadie sabía de dónde venía este extranjero, quién lo conocía, cuáles eran sus costumbres, quiénes integraban su familia. En fin, como vulgarmente se dice: ¿"Qué gallina había puesto este huevo"? Muy disgustado al principio, a la larga aceptó el enlace matrimonial.

El 7 de diciembre de 1945 tras causarle una pequeña preocupación a Clementine, Juan José se presentó en el Consulado de la República de Panamá en México. Mamá toleró un retraso de mi futuro padre, debido a una despedida de soltero que le ofrecieron cinco amigos. Esta fiesta se prolongó hasta las cinco de la madrugada. Unas cuatro horas antes de contraer matrimonio.

El enlace de mis padres fue certificado por el Cónsul General de Panamá y los testigos fueron todos amigos de la familia. La fiesta de la boda se celebró en casa de mi abuela. Acudieron los amigos más íntimos, incluyendo amigos de mis padres que estudiaban en México y la familia de mamá. La fiesta fue amenizada por una marimba chiapaneca.

A la una de la mañana se retiraron mis padres a su aposento en la Colonia Juárez. Tenían boletos para ir a Cuernavaca a las seis de la mañana, el sueño los venció, perdiendo el viaje y los boletos. Dos días después, luego de haber asistido a misa, se fueron al mediodía a comer una deliciosa paella a un restaurante español en el centro de la ciudad. De ahí acudieron a ver una película en un cine que quedaba cerca y para sorpresa de ellos al salir del mismo se encontraron con Aarón y Magdalena que iban rumbo a un centro social. Se despidieron y se fue mamá

con Juan José a su nueva casa en la Zona Rosa, un sector muy elegante de la ciudad. El noviazgo había sido corto, de casi tres meses. Empezaba mamá una nueva vida llena de expectativas.

El porvenir de este nuevo hogar era muy incierto. A mi nuevo papá aún le faltaba mucho por terminar la carrera. En realidad, apenas la empezaba. De esta unión vinieron siete hijos más. Los que seríamos en total cuatro niñas y cuatro varones, porque yo nunca me separé de mi madre. Me convertí en un hijo más para mi papá Juan José.

Mis padres se casaron el 7 de diciembre y el día 20 de ese mismo mes fueron invitados a una posada navideña de las que se acostumbran en México. Clementine empezaba a sentir los estragos de un embarazo, pero se lo había ocultado a papá. Ese día le dijo a Juan José: "Sabes que presiento que ya estoy embarazada, mis senos han crecido, cada día las nauseas y ascos son más frecuentes". Y esto lo corroboró papá cuando se acercó a abrazarla y fue rechazado. Se iniciaba el Vía Crucis de la incomprensión, del rechazo y de los conflictos de dos seres que hacía un mes todo lo veían color de rosas.

Las manifestaciones de rechazo se repetían una y otra vez. Hasta separaciones temporales se presentaron, que gracias al buen tino de la abuela Isabel se solucionaron. Conforme pasaron los meses, las dificultades fueron mermando hasta que llegó el gran día con la venida de María de los Angeles.

CAPITULO CINCO



Un comienzo difícil

La situación económica no progresaba, más bien se hacía más difícil. Mi papá recibía una mensualidad a veces sí, a veces no y bastante pequeña. El departamento donde vivían se lo había cedido un paisano amigo que había terminado sus estudios.

Las cosas, se iban agravando cada día más, hicieron que Juan José tuviera que estudiar y trabajar. Un amigo de la familia que en ese entonces tenía muy buen empleo con el gobierno, le consiguió una chamba de inspector de la tesorería federal en los eventos como el toreo, los cines, las kermesses, las peleas de gallos, en fin. Así que a la vez que estudiaba la carrera de medicina, trabajaba.

Un domingo al acudir de interventor de la Secretaría de Hacienda y reclamar la recaudación de los impuestos, fue agredido por los organizadores de estos eventos con pistola en mano. El amigo de la familia optó por darle el trabajo a mi madre, por ser mexicana, limitándola a los teatros de lujo.

Por supuesto que mi padre y mi abuela Isabel se quedaron al frente de la pequeña María de los Angeles. Juan José tenía sus obligaciones con la universidad por lo que mi abuela llevaba la batuta de la casa hasta las once de la noche cuando regresaba mi madre de los cines, donde la recogía Juan José.

Mi primera hermana María de los Angeles, que parecía una niña rebosante y sana, a los nueve meses sufrió de una diarrea y desafortunadamente falleció. Éste fue un golpe mortal para mis padres. Papá empezó a tener problemas en sus estudios, no tenía concentración.

El día en que mi hermana falleció, mi tío Bernabé llegó con su familia a darnos el pésame y a ver en qué podía ayudarnos. Mi madre estaba tan triste, tan agobiada que mi tío Bernabé, acompañado de mis tías Magdalena y Azucena, la invitaron a dar un paseo por el Bosque de Chapultepec para que se distrajera un poco.

En este paseo una gitana se tiró encima del carro tratando de ganarse unos centavos echándoles la suerte y mi tío detuvo el auto. La primera mano que esta gitana tomó fue la de mi madre, a la que le dijo que estaba pasando por un trance muy

amargo de su vida que la tenía muy afligida y triste. Le dijo que no estuviera tan triste, porque la situación de ellos iba a cambiar. Que iban a progresar, viajar bastante, vivir muy bien y que todo se iba a solucionar.

Al oír esto mi madre le dijo a Bernabé que arrancara el auto, porque esta mujer la estaba poniendo más nerviosa de la cuenta; entonces mi tío le dio a la adivina unas monedas y se alejaron.

A través de los años esta predicción de la gitana se fue entendiendo y muchas de las cosas que predijo se realizaron.

El nuevo hogar de mis padres en la Colonia Juárez era muy modesto, pero acogedor. Tenía una sala comedor, una recámara, un baño y la cocina. Mi padre se esmeraba en lustrar los pisos en tal forma que podía mirarse uno en ellos como si fuera un espejo. Lo primero que hizo al mudarse mi madre a dicho departamento fue recoger todas las fotos de sus anteriores novias y romperlas como demostración de respeto al nuevo hogar.

Yo era el responsable de comprar el pan o tortillas y de ir a la tienda de la esquina. También cuidaba de mis hermanos. Sin embargo, a esa edad no podía comprender por qué yo tenía dos padres. Juan José y Francisco, pues mi tía paterna se encargó de presionar a mi mamá para que una vez al mes me fuera con mi papá Francisco y mi abuela paterna, aprovechándose ella de la pobreza de mi madre, me regresaba con algo de dinero en el bolsillo para hacer valer su patria potestad y la confusión en mis pensamientos.

Con la venida de mi hermano Antonio, el consuelo de la pérdida de María de los Angeles fue mejorando. Mi padre seguía estudiando con ahínco a pesar de toda clase de dificultades. Libros de medicina empeñados por la necesidad. Estudios en la biblioteca de la universidad si no había los textos disponibles.

Encontraban mis padres ratos de esparcimiento para ir al hipódromo a probar fortuna. Ibamos en camiones de primera y regresábamos en camiones de segunda con los bolsillos rotos. Nuestra última esperanza eran los boletos tirados que Antonio y

yo nos dedicábamos a recoger y que en dos o tres ocasiones resultaron premiados para sorpresa nuestra. Se cambiaban los mismos y se volvía a repetir la búsqueda. Las penurias se acentuaban cada día más, pero teniendo tan cerca al Bosque de Chapultepec, acudíamos con nuestros padres a distraernos viendo a los que considerábamos privilegiados gozar. Al cine, acudíamos a los más baratos de la ciudad, salvo que fuéramos invitados por los allegados de la familia.

En una pascua, todavía viviendo en la Zona Rosa, estaban mis padres sumamente abrumados porque era 24 de diciembre y no tenían ni siquiera para comprar pan. Mi padre se fue a buscar a mi tío Bemabé para conseguir un préstamo, pero dadas las fiestas de Navidad, mi tío no se encontraba en casa. Estaba con unos parientes celebrando.

Mi padre regresó triste y cabizbajo después de haber recorrido a pie 50 calles de ida y 50 calles de vuelta con ese frío de diciembre.

Mi mamá Clementine estaba en cama por causa de un fuerte resfriado y esperando otro hijo. Yo tenía en ese entonces cinco años.

Por suerte esa noche llegaron a visitarnos unos amigos panameños que más adelante se convirtieron en compadres de mis padres. Él estudiaba también medicina, se especializó en Patología. Ella, que se llamaba Encarnación, se hizo profesora en matemáticas. La enviaron a estudiar a los Estados Unidos y a él a México. La familia como que no quería esta relación, pero como uno propone y Dios dispone, un buen día Encarnación fue de paseo a México. En una de esas en que estaba de compras, por casualidad se encontró con él en pleno centro de la ciudad. Estaba observando una vitrina en uno de los almacenes, cuando vio a su ex-novio reflejado en ella. Cuando volteó ahí estaba. No regresó a estudiar a los Estados Unidos y se casó con él.

Durante su estadía en la ciudad de México, Encarnación sufrió de un herpes en el ojo y casi lo pierde. Su familia se encontraba en Panamá, así que mi madre se convirtió en su enfermera y gracias a sus cuidados, Encarnación logró salvar el ojo. Esta amistad duró por toda la vida. Se estimaban mucho.

Ellos asistían a todos los acontecimientos de nuestra familia y viceversa. Cuando Encarnación falleció, mi madre perdió una inmejorable amiga. Todavía la recuerda con mucha nostalgia.

Volviendo a nuestra pascua, fuimos sorprendidos con una botella de vino y un turrón español traídos por Encarnación y su esposo. El turrón y el vino eran lo de menos, la compañía de ellos trajo un poco de alegría a nuestra noche buena y nos hizo olvidar la gran caminata de mi padre para localizar a Bernabé.

El 25 de diciembre en la mañana llegó mi tía Azucena que frecuentemente nos visitaba y nos regaló \$10 pesos. Con esos pesos mi padre se fue a conseguir un pollo rostizado para el almuerzo de Navidad. Después de tanto caminar consiguió un pollo y esa fue nuestra comida.

La muerte de María de los Angeles y la pobreza hicieron que nos mudáramos a la casa de mi abuela. Se vendió todo lo que había en el departamento. Nuestra mudanza a la Colonia Guerrero mejoró las condiciones económicas de mis padres, ya que la canasta básica en ese sector era más barata, así como la ropa y los zapatos. Enfrente de la casa estaba un mercado sobre ruedas y eso facilitaba todo, ya que les abarataba el costo de la vida en todos los aspectos. Las áreas circunvecinas por las noches se transformaban en antros de vicio, cosa que no le gustaba a mis padres, aunque en estos momentos no constituían peligro para nosotros. Estábamos muy pequeños y mamá siempre salía acompañada de Juan José.

La vivienda de Isabel, aunque era todo un segundo piso, dejaba mucho que desear. En esa época en la ciudad se usaban los baños de tina movibles y calentadores de agua de madera conectados eléctricamente. Así que en varias ocasiones teníamos que ir a los baños públicos tanto por la escasez de agua como por la incomodidad. Ibamos a los públicos, donde sí había suficiente agua y baños de vapor.

En esas condiciones vivimos con mi abuela hasta que papá se graduó. Al pasar los años este edificio en donde vivimos con la abuela fue declarado patrimonio histórico, tanto por su arquitectura como por su antigüedad.

Mi hermano Antonio luego de la muerte de María de Los Angeles, nació en un sanatorio atendido por un ginecólogo muy renombrado, profesor de mi padre. Y en consideración a que él era estudiante de medicina, les hizo un precio muy económico.

Seguidamente en 1949 vino al mundo Andrea y en 1950 nació Manuela. Ambas fueron dadas a luz en la casa, atendidas por mi padre que ya estaba bastante adelantado en la carrera de medicina y un paisano amigo que estudiaba en la misma facultad. Posteriormente se convertiría en mi tío cuando se casó con Magdalena, la otra hermana de mamá.

Muchas veces para poder estudiar en las noches, mi padre se amarraba una corbata al pie, la ataba a la cuna y mecía a la bebé, para que se durmiera y lo dejara estudiar.

CAPITULO SEIS



Castillo de Teayo

Después de tantas vicisitudes, tristezas, embarazos y partos, mi papá terminó la carrera de medicina a tiempo, sin perder ni un año, sin deber una materia.

Les habían recomendado un poblado en el Estado de Veracruz para que hiciera mi padre el servicio social obligatorio. Desgraciadamente, resultó ser un pequeño caserío; sin luz eléctrica, agua, tiendas. Había que llegar desde la carretera en mula, a caballo, en carreta o en camiones cargados de ganado. Esto, a pesar de que era la zona petrolera más grande en ese entonces del país.

La primera noche que pasaron en este caserío los alojaron en la casa de la principal familia del pueblo. Era la mejor de los alrededores.

Ellos tenían su casa en la ciudad de México y por ciertas razones luego se trasladaron a vivir a esta población.

Esa noche jamás la olvidaron mis padres. Como a las dos o tres de la madrugada empezaron a escuchar gemidos, gritos, golpes y sollozos. Tanto mi padre como mi madre y después dos niños que se llevaron (los más pequeños), quedaron todos sentados en los catres. Yo me había quedado con la abuela en la capital.

Al otro día, ninguno había podido dormir. Mi madre empezó a preguntar qué era lo que pasaba, lo que había sucedido. Con lágrimas en los ojos, la patrona de la casa, que había invitado a mi madre a desayunar, le dijo que desde muy tierna edad su hijo mayor era epiléptico. Una epilepsia tan aguda que no podía mejorar y menos curarse. Hoy en día sé que estas enfermedades se controlan.

Mi madre quedó tan impresionada, tan asustada, que de inmediato empezaron a buscar alojamiento en otro lugar. A Pedrito le daban a veces hasta cinco ataques en veinticuatro horas.

Se fueron mis padres a vivir al otro lado del puente, lo que llamaban ellos la mitad del pueblo. Esa choza tenía cuatro paredes, una cocina de adobe, eso era todo. Un hueco de puerta, sin puerta. Se barría con escobas de palma que se

conseguían en el campo y por supuesto no había agua, se acarreaaba del río. Se bañaban en el río en una canoa, en donde tomaban agua los puercos.

En el medio del pueblo había una pirámide denominada **Castillo de Teayo**. Como en todo pueblo, había un presidente municipal, un juez, un jefe de policía y ahora un médico. No demoraron en saber que había un curandero sumamente famoso, el que tenía la osadía de llamar colega a mi papá.

Les tocó la festividad del Día de los Muertos, o sea el 2 de noviembre. Consistía en una gran procesión nocturna. Cada persona sostenía encendida una vela, llevaba los alimentos y bebidas que en vida le habían gustado a sus difuntos. Esto era realmente impresionante. Son tradiciones que hasta la fecha se conservan.

En una ocasión, una de estas autoridades invitó a mis padres a merendar; desgraciadamente, antes de terminar cayó un copioso aguacero. Cuando regresaron, mi papá con un niño en brazos, mi mamá con otro y a la vez cargando una gallina que les habían regalado, fue prácticamente imposible llegar a casa. Con mucho trabajo lo lograron, ya que de este lado del puente se hacía un tremendo lodazal, al fin lograron subir casi gateando.

La estadía en este lugar fue bastante corta. No se podía hacer una labor médica social, no había forma. Las incomodidades que sufrían con los dos niños pequeños y mamá esperando un nuevo bebé, eran enormes.

Después de tantas peripecias, regresaron a la capital en esos transportes de segunda y con quince gallinas que habían comprado. Para tristeza nuestra, llegaron todas muertas.

Mi padre iba a regresar solo después del año nuevo a Castillo de Teayo. Un primo de mamá de mucha influencia política que trabajaba en la Secretaría de Salubridad, logró que trasladaran a papá a una población un poco más accesible, llamada Paso Largo en el Municipio de Martínez de la Torre, Estado de Veracruz.

Juan José se fue a continuar su servicio social. Mamá se quedó en la capital con los niños, siguiendo el curso de su embarazo. Mi madre lo visitó solamente una vez, acompañada de mi hermano Antonio.

Estuvo en este estado tres días disfrutando de las bellezas del trópico, de las playas de un pueblo llamado San Rafael. Terminado el servicio social, mi padre regresó a la ciudad de México a preparar su tesis para el examen profesional.

The first part of the paper discusses the
 importance of the study and the
 objectives of the research. It also
 outlines the methodology used in the
 study.

The second part of the paper discusses
 the results of the study and the
 conclusions drawn from the data.

The third part of the paper discusses
 the implications of the study and
 the recommendations for future
 research.

The fourth part of the paper discusses
 the limitations of the study and
 the strengths of the research.

The fifth part of the paper discusses
 the significance of the study and
 the contribution it makes to the
 field.

CAPITULO SIETE



Separación corta

En junio de 1950 para ser exactos el 20, mi papá se recibió de médico cirujano y partero. Al recibir mi padre su título de profesional, tuvo la voluntad de contribuir con el pequeño agasajo con que lo iban a honrar en la noche. Una vez liberado del examen, acudió a una casa de empeño situada en la Calle de Uruguay y empeñó dos libros de medicina.

Al salir de la casa de empeño un señor lo abordó y le preguntó si le podía hacer un favor. Papá creyendo ingenuamente que lo que quería el individuo eran unos centavos le hizo caso. Al rato cuando lo escucha, el señor le propone que fueran a su departamento pues quería pintarle un cuadro al desnudo. Papá se enojó tanto que empezó a insultar al homosexual e inmediatamente tomó su camión rumbo a la casa del tío Juan Ignacio, que daba la fiesta en su honor.

Al acercarse a la casa pudo escuchar a los mariachis que ya entonaban con sus guitarras. Enseguida olvidó el incidente y empezó a disfrutar de la fiesta que como siempre tenía todo lo necesario para hacer de la velada una muy agradable. Así eran las fiestas organizadas por mi tío.

Ya casado, papá fue convidado junto con mamá a comer con un gran amigo panameño. A Juan José se le hizo muy fácil después del almuerzo irse a bailar al Oaxaqueño como si aún estuviera soltero. Una actitud típica del hombre que se siente libre a pesar de tener la responsabilidad de una mujer e hijos. No podían ir los dos a divertirse, así que con uno que se sacrificara era suficiente. Mamá tenía que cuidar a los niños. Por suerte que papá maduró bien pronto y empezó a enfrentarse con seriedad a su papel de esposo responsable. De haber sido de otra manera, creo que mamá lo hubiera puesto de patitas en la calle.

De todas formas, mamá recién casada fue muy sacrificada y lo sigue siendo en la actualidad. Cuando no había dinero, se las ingeniaba para hacer ricos platos con las tortillas duras, como por ejemplo, los chilaquiles. Cuando se acababa el aceite, hacía los huevos pasados por agua. Todos los días se pasaba asomada en la ventana hasta las doce del día esperando al cartero. Como era lógico se frustraba al no recibir correspondencia y volvía a hacer lo mismo en la tarde. El

cartero era un hombre tan bondadoso, que en el edificio la correspondencia de mamá era la primera en repartirse. Por supuesto que era recompensado con algún regalo en su día.

Ese mismo año el 2 de junio o sea 18 días antes de graduarse papá, había nacido el quinto hijo. Una niña de ojos claros, con el cabello rubio, muy bonita. La llamaron Manuela. Mi papá regresó a su país en los primeros días de agosto. El municipio le obsequió el pasaje de regreso. Nosotros nos unimos a él, un mes y medio después, viajando en una línea comercial cuyos pasajes habían sido comprados en abonos.

El nosocomio que contrató a mi padre era el principal del país. En ese hospital todos los que terminaban la escuela de medicina tenían que prestarle al gobierno dos años de servicio. En ese entonces el Hospital Santo Tomás solamente contaba con seis internos, de los cuales la mayoría eran egresados de la Universidad Nacional Autónoma de México. El salario era de \$80 Balboas, pero podían ganar un poquito más haciendo turnos en la cuarentena del aeropuerto. Mi papá hacía hasta treinta turnos por mes. Nos veíamos muy poco. De día en el hospital y de once de la noche a siete de la mañana hacía turnos en el aeropuerto.

Las cocineras del hospital le tenían a mi padre gran afecto y consideración. Era el médico interno que más hijos tenía. Además, estaba casado con una muchacha extranjera que de seguro extrañaba sus costumbres y familia. Dura situación. Le daban doble, triple ración de huevo, por supuesto que crudos. Tres o cuatro pequeñas cajas de helados, dos o tres raciones de pan. El hospital quedaba bastante cerca del departamento en donde vivíamos, así que papá tenía tiempo para traernos al mediodía estas cosas para que nosotros almorzáramos.

Como siempre, mi mamá estaba embarazada en espera del sexto hijo. Luz nació el 4 de agosto de 1951. Siendo mi padre un interno en el Hospital Santo Tomás y habiendo atendido dos partos anteriores, para evitar gastos y traslados al hospital, cuando llegó el alumbramiento de mi hermana Luz, él trató de atender el parto. Desgraciadamente se presentaron complicaciones, por lo que mi padre tuvo que optar por llevar a mamá al hospital donde le aplicaron fórceps. Felizmente todo salió bien.

Fue la primera de los hermanos en nacer en territorio panameño.

Mientras mi padre cumplía con su internado como médico en Panamá, a mí se me matriculó en una escuela de la ciudad del Atlántico. La directora que me aceptó le informó a mi madre Clementine que era difícil que yo pasara el año, pues la preparación que traía de México era muy pobre según ella y no me encontraba capacitado. Para sorpresa de la directora ocupé el primer puesto de honor en primaria, el primero en secundaria y el segundo en la universidad. Esa directora llegó a ser mi suegra a quien tanto estimé; estoy seguro que el respeto y cariño fue recíproco.

Entre mis estudios de primaria y secundaria actué como niñera de mis hermanos conforme iban creciendo o viniendo al mundo. Fui un gran orientador, asesor en sus enseñanzas y pensamientos. Todavía recuerdo el orgullo y satisfacción de mi madre por los puestos de honor a mí otorgados, por sobresalir en artes, literatura, poesía, matemáticas, diseños, respeto, honestidad, visión hacia el futuro. Como decía mamá, era un hombre fuera de serie y reconozco que eso despertó mi egolatría narcisista, empañando un poco mis virtudes.

Es por esto y otras cosas, madre, que *aún tengo algo que decir*. Lamento haber desgarrado por mi soberbia una de las pinturas creadas por mí. ¿Te acuerdas? Me criticaste que siendo una bonita pintura, la estaba echando a perder con Simón Bolívar fumando. Mi reacción súbita fue desgarrar el cuadro totalmente, para tu preocupación. Fui muy temperamental y este carácter muchas veces me empujó a hacer cosas como éstas.

A mediados del año 1952, el Ministro de Salud Pública escogió a dos internos para ofrecerles una beca que otorgaba la Organización Mundial de la Salud, para estudiar Salud Pública en los Estados Unidos. Uno de los escogidos fue mi padre. Nuestra capacidad económica era prácticamente nula. A tal extremo que a los pocos meses de haberse presentado esta oportunidad, mi madre había comprado un refrigerador y por la falta de pagos en la agencia comercial fue recogida por la misma. Nos quedamos sin refrigerador.

Papá estudió en una de las universidades más renombradas de los Estados Unidos y sobre todo en una de las mejores facultades de Salud Pública en esa época. La beca consistía en \$200 dólares por mes, más el pasaje de él hacia los Estados Unidos.

Dividimos nuestra familia y el departamento se lo dejaron a mi tía Magdalena, que ya había contraído nupcias con el médico que asistió a mi papá en el nacimiento de mis dos hermanas en México. Juan José se fue para Michigan en los Estados Unidos, mi mamá para México con mis hermanos. Yo me quedé con mi tía en Panamá para que terminara la escuela, ya que estaba en mi último grado de primaria y no querían interrumpir mis estudios. La beca la dividían en dos partes iguales. Papá se quedaba con \$100 dólares y mamá vivía con \$100 en México.

Estando mi papá en los Estados Unidos le salió la oferta de un auto. Creo que era un Chevrolet del año 1945. Se lo vendían a \$300 ó \$400 dólares y él no tenía el dinero. Mi tío Aarón que ya era un comerciante próspero en el Estado de Chiapas, le giró el dinero para que lo comprara y cuando terminara la especialidad se regresara en él, pasara a recoger a mi mamá y hermanos a México. Así fue.

Al regreso pasaron con el carro una serie de calamidades, puesto que no había carretera. Tuvieron que embarcarlo en tren precisamente en el Estado de Chiapas. De cualquiera manera llegaron hasta San Salvador con miles de tropiezos, bordeando ríos, carreteras a medio hacer, montes, valles y cañadas. No pudieron continuar en auto porque definitivamente no existían carreteras.

El cónsul de Panamá en San Salvador le prestó a mi papá \$300 dólares, para que pudiera continuar el viaje con la condición de que él se encargaría de vender el auto, que por cierto era magnífico. De ahí viajaron a Costa Rica con este dinero y luego a Panamá.

Ya mi papá venía especializado. Enseguida fue empleado por los programas de materno-infantil, como instructor. Estuvo un año trabajando para Salud Pública.

CAPITULO OCHO



Del Pacífico al Atlántico

La estadía en Panamá fue más o menos de dos años. Antes de decidir trasladarnos a vivir a la ciudad de Colón, nació mi sexto hermano. A mi papá le hicieron una oferta de trabajo en Colón como residente de cirugía. Eso aumentaría los ingresos un poco más, que era lo que en realidad mis padres buscaban. Mi papá se adelantó a Colón para conseguir casa. Por cierto, consiguió un departamento pequeño que le alquiló un amigo de la infancia, que con los años llegó a ser presidente de la República.

Para la mudanza, por supuesto no tenían programado dinero. Al irse a despedir mi mamá de su amiga de toda la vida (recordarán la pareja con la que pasamos una de las pascuas más pobres de nuestras vidas), solucionó el problema. Al llegar mi madre a despedirse de Encarnación, que para esos tiempos ya era madrina de mi hermana Andrea y su hermana madrina de mi hermana Luz, le dieron un perrito muy fino que les acababan de regalar, pero que su madre no aceptaba en casa.

Encarnación le dijo a mi madre: "Mira, comadre, te regalo este perro que es muy fino y quizá tú en Colón lo puedas tener". Cuando recibió al chucho ella lo miraba y miraba y se dijo: "Bueno, este can me va a sacar de un gran apuro".

Efectivamente, mi tía Magdalena que siempre fue bastante coqueta y muy dada a arreglarse iba a un salón de belleza muy renombrado en esos tiempos y que estaba de moda. Mamá la acompañó.

Al entrar al salón de belleza con el cachorro, el dueño del salón se enamoró del animalillo y enseguida ofreció comprárselo, ya que andaba casualmente buscando un perro porque acababa de comprar casa. Mamá le pidió \$20 dólares, que era exactamente lo que la mudanza le estaba cobrando para llevar sus cosas a Colón. "Si usted me da \$20, yo se lo vendo": le dijo mi madre al peluquero. "Como no": contestó éste. Cogió el señor al perrito y le dio los \$20.

Ya se había solucionado lo de la mudanza, pero papá aún no lo sabía. Al llegar mi madre a Colón con el camión de la mudanza y todos los niños encaramados en la parte trasera del transporte como si fueran a una comparsa del carnaval, papá

escondido detrás de un poste le hacía señas a mi madre preguntándole cómo iban a pagar lo de la mudanza. El no había podido adquirir el importe del gasto. Mamá ignorándolo lo hizo sufrir hasta que se compadeció de él y le dijo que no se preocupara, que ella tenía el dinero.

Las luchas y las privaciones no cesaron hasta nuestro traslado a Colón en donde empezó a cambiar el panorama. Colón, no era una gran ciudad como México o como Panamá, pero sí un lugar muy agradable para vivir. Aquí se podía criar a una familia sin muchos temores de delincuencia y vicios.

Pequeña, ubicada en el lado Atlántico del istmo, siendo la entrada al Canal de Panamá. Tenía muchos árboles y calles muy anchas. La población estaba compuesta de muchos extranjeros que utilizaban la ciudad como entrada o de paso. También, negros antillanos asentados aquí después de la construcción del ferrocarril interoceánico y el canal que une al Atlántico con el Pacífico.

Los mejores sectores de la ciudad, los que bordeaban al mar, eran exclusivos de los norteamericanos que se encontraban en la misma. También había muchos fuertes con militares de los Estados Unidos. Siendo ellos los que controlaban el canal, pues recibíamos en esos tiempos mucha influencia del país del norte.

Aquí no se veía mendicidad y aparentemente las cosas funcionaban bien, a pesar de la discriminación que había a veces con nuestros ciudadanos. Los estadounidenses manejaban el ferrocarril, los puertos, la sanidad de la ciudad, tenían su propia policía en las áreas segregadas. Sus tiendas, escuelas, clubes y teatros. Se encargaban del cementerio, y muchas otras cosas.

Los panameños en su territorio, percibían la presencia norteamericana en donde posaran la mirada. Se hablaba mucho inglés. En la escuela en donde matricularon a mis hermanas, con excepción del español, todas las demás materias se daban en inglés. Es más, la población colonense era en su mayoría bilingüe. Había empleos y muchas de las jóvenes panameñas

formaron hogares con estos soldados del país norteño, lo que nos ligó más a los dos pueblos.

La ciudad era muy agradable, la gente bastante buena. Sana. Casi se podría decir que éramos una gran familia. En esos tiempos las familias se conocían entre sí, se ayudaban, se visitaban. Había también mucha gente adinerada que se hizo en esta ciudad. No se veía tanta pobreza como ahora. Las calles eran limpias, las personas eran amables.

Existían tantos árboles que uno no necesitaba paraguas para protegerse del sol. También los edificios eran muy hermosos, con balcones tan anchos que si llovía las personas podían refugiarse debajo de estos y cubrirse del agua. Es más, se podía seguir caminando sin preocupación y solamente dar un brinco de edificio a edificio para no mojarse. Muchas palmeras bordeaban la playa. ¡Inigualable mar Caribe, siempre imponente, hermoso! ¡Ciudad ideal para nosotros!

Los barcos atracaban en los muelles y los turistas de todo el mundo caminaban con seguridad por las calles de nuestra ciudad. Aquí estaban ubicados los mejores almacenes del país. Se encontraba de todo: porcelanas, telas, mercancía exótica del oriente, cristales, relojería fina, excelentes restaurantes y clubes nocturnos. Una vez al año se ponían de acuerdo los dueños de todos los almacenes y hacían un gran baratillo que motivaba a las personas de la capital a hacer sus compras en Colón.

Circulaban coches tirados por caballos, para el turista que quisiera recorrer la ciudad. Se hacían los mejores carnavales, bailes de gala para que las señoritas de sociedad conocieran a los cadetes del ejército de los Estados Unidos y a veces de América latina.

Lastimosamente todo esto quedó atrás. Hoy día, a solo dos años y medio de entrar en un nuevo siglo, la ciudad está muy deteriorada y a veces perdemos la esperanza de volver a verla brillar. Mucha gente que antes vivió aquí se ha ido a la capital o simplemente del país. Se le conocía como la **Tácita de Oro**; hoy día ni siquiera los oriundos de Colón quieren venir a visitarla. Cuando vienen de vacaciones se desilusionan

enormemente, ya que esperan ver la ciudad que quedó en sus recuerdos, la cual idealizaron a causa de la lejanía.

Como muchos países latinos a los que llaman en vías de desarrollo, gobiernos vienen, van y la ciudad hundiéndose está. A veces me pregunto si hay derecho a dejar que decaiga hasta el extremo de estar tan abandonada. ¿Cómo se puede vivir en ella actualmente rodeada de basura, mendicidad, desempleo, orates a causa del flagelo de la droga, pobreza, qué esperanza hay para las generaciones futuras, sobre todo para que disfruten como yo disfruté de tanta bondad de un pueblo?

El alquiler del departamento que papá había adquirido fue bastante temporal, ya que un tío de mi papá andaba con ganas de irse a vivir a la capital y les ofreció un negocio que en esos momentos les pareció fabuloso. Consistía en que el tío les dejaría una enorme casa que en un tiempo fue un sanatorio, si ellos pagaban todas sus deudas que totalizaban \$15,000 dólares. Consistían en: una hipoteca con el Banco Nacional, otra con un prestamista local privado y diversas deudas con el comercio local. Sería nuestra primera casa y mamá estaba fascinada.

De esta casa tenemos muchos recuerdos. En ella recibí a mis compañeros de secundaria cada vez que habían revueltas con los estudiantes del Colegio que estaba en frente. Yo me divertía bastante escondiéndolos para que el alacrán, como le decíamos entonces al transporte de la policía, no pudiera alcanzarlos. Desde mi trinchera en el techo les mandaba mensajes a los estudiantes que estaban acuartelados en el colegio secundario. En varias ocasiones llamaron a mi padre para que pusiera orden, de lo contrario la guardia nacional, como se le decía entonces, procedería a allanar.

En esta querida vivienda celebramos muchas fiestas, corríamos detrás del carro que echaba insecticida para matar los mosquitos, hasta le pinté un gran mural a mi padre en su consultorio, que trataba de una cirujía mayor que hacían en la antigüedad.

Papá tenía su clínica en esta casa pensando que estando cerca del hospital era un lugar ideal para poner su consultorio.

Pues no fue así, ya que todo paciente prefería llegar al hospital, en dónde lo atendían gratuitamente. Esta situación obligó a papá a rematar sus enseres clínicos, con la consiguiente pérdida.

La casa era de dos pisos. Tenía un' elevador bastante grande que funcionaba tirando de unas cuerdas, dos enormes cocinas, lavandería, seis baños completos, diez recámaras, dos salas comedores, sala de estar, terraza. Luego mamá le agregó una arriba y un cuarto con baño abajo.

¡Cómo nos divertíamos en ella! Acostumbrábamos a guardar en el techo de la casa los árboles de Navidad que colectábamos todos los años para hacer fogatas con nuestros amigos. Antonio siempre tenía invitados a quedarse a dormir. En esa época teníamos empleadas domésticas que regresaban en la tarde a preparar la cena y nos hacían hojaldres o frituras que nos fascinaban. Éramos felices en el vecindario en donde teníamos muchos amigos y conocíamos a casi todos los trabajadores del hospital.

A mis hermanas les gustaba jugar a la tienda. Acostumbraban poner una mesa con caramelos y galletas que compraban en el quiosco que había en la esquina del hospital, para venderle a todo el que pasara. Recuerdo cada vez que venía una ambulancia, corríamos para ser los primeros en llegar al cuarto de urgencia y ver al accidentado.

Hacíamos desfiles de modas e invitábamos a nuestros amigos a pasar un rato de diversión. Teníamos un club con los muchachos del barrio y la sede era una ambulancia vieja abandonada en la parte trasera del hospital. Cada vez que había una cremación en el hospital, los ojos de nosotros observaban inocentemente, cómo se trasladaban los cuerpos ya sin vida.

Se compartía con los amigos juegos de pelota en el campo que quedaba enfrente de la casa. Éste era aseado. Se mantenía su césped gracias a la iniciativa de mi madre y de varios de los muchachos de las casas vecinas, que ayudaban a cortar la hierba. Hacíamos competencias de boxeo con los compañeros del barrio. Antonio era nuestro boxeador preferido.

A pesar de que su contextura es muy delgada, tenía mucha fuerza y siempre vencía al contrincante.

¡Cuántos momentos felices vivimos en esa casa! En las noches jugábamos la tiene, ringalillo, las escondidas, hacíamos carreras; y al oír el silbido de mamá a las ocho en punto, todos sabíamos que teníamos que recogerlos y llegar cuanto antes a casa. Hacíamos competencias de sabiduría durante la cena en donde yo que era el mayor hacía las preguntas y mis hermanos debían contestar. Además de haber sido un juego para nosotros, sin damos cuenta íbamos alimentándonos en nuestros estudios.

En las noches papá acostumbraba a poner alguna música clásica haciéndole honor a Beethoven, Bach, Mozart, Schubert o Chopin y nos acomodaba a todos en la sala a escuchar las sinfonías. También gozaba con grabar nuestras habilidades en una grabadora para luego ponerla y escucharnos recitar, cantar, en fin.

Cuando eran los carnavales nos vestían de payasos, de chiapanecas o nos ponían alguna montuna. La cuestión es que no pasaban los carnavales sin que nosotros fuéramos con mis padres a recorrer las calles de Colón. Nos compraban confeti o serpentinas de muchos colores para arrojarle a los demás espectadores o a las comparsas que desfilaban con su música de samba y su ambiente de fiesta. Siempre pedíamos comer algún algodón, palomitas de maíz o maní que vendía un señor que apodaban Maní Campeón, al que un buen día no volví a ver. Huíamos, como niños al fin y al cabo, a los hombres que se disfrazaban de diablos, congos, indios, resbalosos, hombres verdes, etc.

Los carnavales eran muy divertidos, todas las comparsas con atuendos muy escogidos. Era numerosa la participación de las personas en las mismas. Recuerdo dos grandes comparsas que siempre daban mucho de qué hablar. en cuanto a su excelente participación en la fiesta del dios Momo: los Campesinos y los Brasileños.

Las canciones eran geniales y la disposición abierta y espontánea del pueblo para divertirse, se debía a la seguridad

que se sentía en el ambiente. Había que ver la secuela de la fiesta de carnaval en esta ciudad. La euforia del martes del carnaval quedaba atrás para darle paso al inicio de la cuaresma.

Los diablos y diablillos se alborotaban todo el día miércoles, hasta la hora de su bautismo frente a la Catedral cuando estaban los ritos católicos en su apogeo. El alboroto era tal que forzaban los diablos el cierre de las puertas del templo en plena misa, ya que los que se disfrazaban realmente se posesionaban de su papel y golpeaban las puertas de la iglesia. A veces osadamente llegaban hasta el umbral de la casa sagrada.

Cuando yo observaba estas costumbres me parecían muy interesantes, demostraban la cultura de este pueblo lleno de mezclas. Por un lado, el templo repleto de devotos que sólo buscan el encuentro con Dios y por otro los que le hacían la fiesta y honor al maligno.

Cuando los bomberos marchaban de noche por las calles de la ciudad con sus antorchas, hacíamos que papá con el auto persiguiera a las camisas rojas para poder escuchar la banda de música una y otra vez. ¡Qué paciencia la de Juan José! Los bomberos se sonreían al vernos pasar y cuando nos divisaban en la próxima esquina, comentaban: "Ahí está el doctor de nuevo con sus hijos".

Una vez papá se presentó a casa con una filmadora y se pasaba filmándonos todo el tiempo. Recuerdo cómo mis hermanos se reían al ver una película en donde me tiraba yo del trampolín de la piscina del Hotel Washington y papá retrocedía el proyector, de manera que mis hermanos me vieran salir del agua y colocarme en la tabla nuevamente.

En otra ocasión compró un televisor, cuando RPC había inaugurado su canal. Todos estábamos fascinados ante la pantalla, viendo lo que nunca habíamos presenciado en nuestra corta existencia.

Papá y mamá nos llevaban a pasear en auto todas las noches, después de cenar, por las calles de Colón. Siempre se detenían en el Parque de la Avenida Central y nos encaramaban en el león que queda inmediatamente en donde está el Paseo Washington. ¡Qué emoción para nosotros estar allá arriba!

¡Qué espectacular vista hacia el mar desde ese lugar, en donde apreciamos el rompe olas y la entrada de los barcos para cruzar el Canal.

Cuando nos comportábamos mal e íbamos 'peleando en la parte trasera del auto, se detenían y nos amenazaban con dejarnos ahí. Cosa que nunca hicieron, pero que nos asustaba demasiado. ¡Qué pánico para nosotros a esa edad no saber cómo llegar a casa!

Como éramos tantos niños, siempre había algún cumpleaños y mi madre se esmeraba en la preparación del dulce y la comida. Contrataba paleteros, a los que vendían palomitas de maíz, payasos, había globos, bebidas, etc. Éramos tantos hermanos que no necesitábamos muchos extraños a nuestro círculo familiar.

La plenitud que sentíamos en nuestras vidas llenaba todas las expectativas. No sabíamos de tristezas, ni de penurias. En casa sólo conocíamos de hermandad, de solidaridad, de amor, de comprensión, de paz. Nuestro círculo era pleno, no se podía pedir más. Teníamos unos padres increíbles. Nunca sentimos necesidad de conocer algo más. Fuimos tan protegidos, tan mimados, tan queridos. Todo nuestro mundo lo habían creado dos seres, que supieron dar sin pedir algo a cambio.

Cuando se tiene un hogar así, de adulto uno se encuentra de repente como desubicado. Vamos viendo a través de los años, cosas que no habíamos percibido. No sabría decir si esta formación es la indicada, sólo sé que nunca dejaremos de añorar esos hermosos años. Fue nuestra época más feliz. Nuestros padres, que habían pasado por tantos problemas, lograron una esfera de cristal para nosotros.

En una ocasión le solicitaron a mi papá que fuera a otra ciudad por un par de meses a reemplazar al director médico que iba a salir de vacaciones y emprendió el viaje. Cuando se acercaban las Navidades, quiso pasar las fiestas con nosotros. Venía de regreso cuando el avión en que viajaba debido a una tormenta y un pequeño vacío, sufrió un accidente. El piloto calculó mal al aterrizar en la pista que se usaba en ese

entonces, ubicada más allá del Colegio, en los terrenos en donde hoy se encuentra la Zona Libre.

La cola del avión se desprendió y fue a dar al mar embravecido, a un costado de la pista. El avión sin cola ni hélices iba dando zigzaguo por toda la pista, que estaba mojada y llena de lodo. La tormenta era eléctrica y los truenos ensordecedores. Cuando al fin llegaron a descender del avión, papá se dio cuenta del tremendo daño que había sufrido el aparato. Lo primero que vio al salir del mismo, fue el número 87 que identificaba al avión. Como era domingo, por cábala se fue a comprar el número en la lotería que jugaba ese mismo día. Tuvo tanta suerte que ganó. Fue el último avión que utilizó esta pista.

Juan José, siendo médico de la Guardia Nacional, un día de temporada lluviosa recibió la orden de ir con sus miembros a la costa arriba, en donde estaban llegando cubanos para incursionar en nuestro territorio. A pesar de que papá acababa de ser operado de vasectomía, ya que tanto él como mamá habían quedado muy asustados con el nacimiento de mi hermano Sebastián con el Síndrome de Downs, no fue considerado por estar incapacitado y tuvo que ir en la expedición. Órdenes eran órdenes y el director médico en esa época le dijo que él había sido elegido, así que tuvo que ir.

Estaban los cubanos tan eufóricos porque había ganado Fidel Castro tan fácilmente en Cuba, que pensaron que podían experimentar su presencia en otras partes. Escogieron a nuestro país, en donde existía mucho anti comunismo. Pero siempre había uno que otro que creyera en esa doctrina.

Como decía, se sintieron tan fuertes que creyeron que podían entrar así de buenas a primeras a nuestro territorio. Vinieron a probar. A causa de tanto equipo pesado y el oleaje impresionante, los panameños comunistas, que descendieron de las barcas, encontraron la muerte ahogados. Los cubanos, viendo la suerte de los panameños, dejaron todo lo que les pudiera estorbar y se dirigieron a la costa. Cuando invadieron uno de los pueblos de la costa, ante el desastre que este enfrentamiento podía causar, hubo conversaciones entre los panameños y cubanos para que éstos se rindieran.

Los norteamericanos, aunque no participaban directamente, ayudaban a los panameños con sus aviones, que daban seguimiento a los cubanos e informaban el rumbo que tomaban éstos. Lograron que Fidel Castro enviara un mensaje a estos invasores para que se rindieran. La mayoría se rindió, pero como 20 siguieron sus incursiones. La guardia envió un contingente tras ellos y papá pudo regresar a su hogar.

Todos los viajes se realizaban por mar. No existían carreteras en esos lugares. Es más, hasta la peregrinación el 21 de octubre al pueblo de Portobelo, en esa época se hacía por barco. Recuerdo la cantidad de ahogados cada vez que venía esta fiesta. Como vivíamos cerca del hospital nos enterábamos de todos los accidentes, ya que ahí llegaban todos los heridos.

La procesión es tan famosa, que atrae gente de todos los rincones del país y del extranjero. Una tradición hermosa: dos pasitos para adelante y uno para atrás. La meta es acompañar al Cristo Negro, que nunca quiso irse del pueblo de Portobelo.

En otra oportunidad papá tuvo que ir al Archipiélago de San Blas, mi hermana Andrea lo acompañó. El centro de salud realizaba una gira médica; los médicos, odontólogos, enfermeras iban a ayudar a los indios de Kuna Yala. Al amanecer fueron acercándose al archipiélago. Quién sabe como, pero los indios se avisaban de islita en islita que iban llegando visitantes.

Cuando la embarcación llegó a la isla de Narganá, nadie se podía bajar del barco hasta que dieran la autorización los indios. Supieron los integrantes de la gira que los indígenas estaban en pie de guerra, querían que las autoridades les reconociera su territorio. Luego de hacer las paces aceptaron que los médicos bajaran a tierra para la labor que los había llevado a esas hermosas islas.

El paisaje era espectacular. Muchas pequeñas islas rodeadas de un mar claro y transparente, en el que se puede apreciar a todos los habitantes submarinos: los caracoles, los peces de diferentes colores, las estrellas de mar, las tortugas, los caballitos de mar y muchas otras especies.

En tierra las palmeras de coco, la arena blanca y limpia, las chozas de los indígenas, sus vestidos llenos de color adornados con collares confeccionados por sus propias manos, la argolla en la nariz, armonizaban con el conjunto. Un paisaje en donde se aprecian las aves disfrutando de un cielo despejado y claro. Este es un verdadero paraíso terrenal. Regalo de la madre naturaleza que conserva aún lo primitivo de sus costumbres sin darle cabida a la era moderna. En donde todavía se utiliza el trueque con el coco y un dialecto propio. Lugar para propios y extraños, que no permite la contaminación ambiental y el desgaste ecológico.

Nuestra casa casi se pierde de no ser porque un domingo, estando en la playa de María Chiquita (Colón) con varios amigos de mis padres y sus hijos, mi papá se ganó la lotería con seis pedacitos de billetes. Con este dinero, que había caído del cielo, lograron pagar la segunda hipoteca la que se les hacía más pesada. De ahí para adelante todo el panorama fue cambiando.

A mi mamá le gustó siempre el comercio, estaba haciendo algo para ganar dinero. Primero tuvo una casa de huéspedes, atendía a varios profesores que enseñaban en el colegio más prestigioso de Colón. Ella es una excelente cocinera, así que los educadores estaban encantados. No sólo les cocinaba sus comidas conocidas como un buen arroz con pollo o con coco y guandú, sino que a veces se lucía con sus platillos mexicanos como el mole poblano, los chiles rellenos, sus tradicionales frijoles negros, sus enchiladas, o con un delicioso arroz con leche de postre.

Después tuvo una farmacia en la que no le fue muy bien, ya que había que invertirle mucho y no tenía los medios económicos. Más adelante una zapatería en un local que hizo en la casa grande. Un cliente de nuestro tío Juan Ignacio que tenía una fábrica de calzados le vendía los zapatos que traía de México.

Todos los hijos ayudábamos cuando llegaba la clientela y había que buscar algún modelo determinado o algún tamaño. Era una diversión para nosotros estar en la parte trasera de la zapatería buscando los calzados.

Con los años mi madre se dio cuenta que su verdadera vocación eran los bienes raíces. Esta primera casa fue el inicio de cuatro casas más. Mi madre sin ser ingeniero o arquitecto, tenía bastante idea de la construcción. Ella prácticamente dirigía a los constructores. Acarreaba bloques, acarreaba plomería, material eléctrico, buscaba quién daba los mejores precios, en fin. Es un as en todo lo que se refiere a construcción.

Mamá a través de su vida ha enseñado a muchos muchachos a trabajar. Ella sabe de jardinería, de la cría de pollos, de cómo barnizar un mueble o como pintar una pared, hacer vitrales, entintar, coser, ya que siempre hizo sus cortinas y sobrecamas, tejer con dos agujas y a gancho. ¡Cuántos sweaters tejidos por ella usamos todos! Hace también unos deliciosos pasteles.

Clementine tenía fuerzas para atender su hogar y pertenecer a clubes sociales. Fue presidenta en dos ocasiones del Club de Esposas de Médicos, dos veces tesorera. Las actividades que estas señoras realizaban siempre ayudaban con sábanas u otras cosas al hospital de la comunidad. Recuerdo cuando alquilaban el rancho de la Parroquia de la Iglesia para hacer un bingo y vender los pasteles, refrescos, emparedados que hacían las socias.

A mi hermana Andrea le fascinaba ir a cooperar con la venta del café y pasteles porque le daban un cartón gratis y podía jugar.

Mamá salió embarazada de mi séptimo hermano. Las condiciones económicas eran bastantes favorables. El niño venía con las comodidades que no habían tenido los otros hijos. Era varón. Había cuna nueva, bañera, andadera, coche, columpio, una niñera para cuidarlo. ¿Cuál fue nuestra terrible sorpresa? Que al nacer Sebastián, mi papá se percató de que había venido con el Síndrome de Downs, un retardo mental.

Se asustaron tanto que mi papá consultó primeramente con un cardiólogo, para ver si el niño traía algún defecto de esa índole. Felizmente, Sebastián no traía nada aparte de su condición de retardado.

Fue un peregrinaje con el niño. En San José de Costa Rica había un niño con un problema similar. Se enteraron mis padres por medio de una amiga, de un médico que estaba logrando maravillas. Mamá viajaba con Sebastián cada mes. Le hacían un tratamiento bastante primitivo como ella decía. A los seis meses, mi papá suspendió el tratamiento.

Sebastián, que trajo desilusión al nacer, con el tiempo resultó ser una bendición. Es como tener un bebé siempre en casa, un ángel, un ser muy especial. Nunca está enojado, no se queja, para él todo está bien.

A los tres o cuatro años empezó a caminar y de ahí ha ido haciendo todas sus cosas muy lentamente, pero siempre como si fuera todo un caballero.

Mamá en una ocasión le escribió una carta a Sebastián en donde le decía:

“Querido Hijo:

Con la ilusión con la cual esperé la venida de todos mis hijos, te esperé a ti, que venías a ser el octavo de ellos. La situación económica mejorada me hizo esperarte con mayores comodidades y holgura.

Llegó al fin el momento y viniste, aparentemente sano, robusto y completo. Bien poco me duró la dicha. Pronto me di cuenta de que tus facultades serían no sólo deficientes, sino negativas. Después del impacto vino la calma y la resignación que sólo el Altísimo podía mandarme.

Tu venida ha sido un pilar más fuerte en el hogar, aunque tú jamás lo comprendas. Has venido a fortalecer los lazos de unión de la familia. Tú no serás ni abogado, ni médico, ni ingeniero; serás un niño desvalido de los bienes que la inteligencia otorga a los seres dotados, pero jamás te faltará protección.

Tú me has hecho conocer un sin fin de gente maravillosa; me has acercado a mis semejantes que también sufren; me has hecho volver los ojos a cosas que jamás pensé que existieran; me has hecho luchar, pedir, trabajar para fundar una escuela,

para que niños como tú, tengan un lugar agradable donde pasar la niñez, la adolescencia y con planes muy osados, quizá la madurez.

El tiempo que estarás a mi lado, sólo Dios puede saberlo, pero sea cual fuere, disfrutémoslo. Con todo amor. Tu madre"

Mamá junto con otra amiga que estaba en el mismo plan con su hijo, viendo que no tenían escuela en Colón para este tipo de problemas se propusieron fundar una.

Primeramente funcionó arriba de nuestra casa. Después llegó a tener terreno propio, se edificó la escuela, enviaron maestros a especializarse, para dar un servicio profesional. Unos se fueron a estudiar a Perú, otros a México.

Se sostenía más que nada con dádivas y actividades en la comunidad. Algunos maestros les pagaba el gobierno, otros, ellas con muchas actividades. Yo confeccionaba una revista anual que se llamaba "Rayos de Luz", igual que la escuela. Les dibujaba y pintaba tarjetas de Navidad que mamá junto con otras damas ofrecían a los comercios y eran bastante cotizadas.

La fundación que se llamaba Asociación Pro Niños Excepcionales, Capítulo de Colón, llegó a tener mucho éxito. La escuela que había empezado con cuatro niños, llegó a tener una matrícula de 300 niños. Hoy día no sé cuántos niños tendrá, porque la escuela se entregó al gobierno, ya que los costos iban subiendo mucho y ellas iban envejeciendo, no tenían tanta energía para ese trabajo arduo y definitivamente la obra tenía que continuar.

Pasaron los tiempos de tocar puertas en busca de estos niños, para que los padres los enviaran a la escuela y no los tuvieran escondidos como seres de otro mundo. Aún recuerdo a mi madre visitando estos hogares y convenciendo a los padres de estos niños verdaderamente excepcionales.

Transcurrieron los años compartiendo una madre inigualable, que encontraba tiempo para darse a los demás.

CAPITULO NUEVE



Los hijos de mi madre

Mis hermanos iban creciendo, terminando la primaria, la secundaria. Yo, el mayor, había sido becado. Estaba listo para ir a la universidad. Fui a perfeccionarme en inglés a Columbus, Ohio, en los Estados Unidos. La nostalgia que me invadió fue tal, que en mi soledad llegué a comprender cuánto quería a mi madre y la nobleza de su alma, a valorarla como se merecía.

Una vez terminado el curso regresé a México, a casa de mi padre genético. No encontré allí calor humano y le supliqué por teléfono a mis padres retornar a Panamá para reanudar mis estudios allá. Ellos accedieron y enviaron el pasaje de avión. Mi tío Aarón me sacó de contrabando por la frontera con Guatemala; me exigían cartilla militar, que no tenía, para salir del país. ¡Qué alivio al llegar a Panamá e inscribirme en la Universidad Nacional!

Estando en Panamá, venía a Colón todos los fines de semana a visitar a mi familia. La suerte no siempre me acompañaba, cuando casi todos los viernes me convertía en víctima de un subteniente de apellido Molina que me acosaba con boletas de tránsito. Supongo que era por celos debido a que su novia era amiga mía. Mi papá Juan José, aburrido, me llevó en una ocasión ante la presencia del Mayor Rivera. Expuso lo que estaba sucediendo al regresar yo de Panamá en mi auto Hillman. Yo con mi sobaco ilustrado empecé a leer un artículo sobre los derechos humanos, ya que estudiaba Derecho. El mayor me interrumpió y me dijo: "Olvídate de la constitución. Las decisiones las tomo yo". Me obligó a darle la mano al subteniente Molina y colorín colorado, el cuento de las boletas se ha acabado. A partir de ese entonces pude venir a Colón, sin ningún tropiezo. El Mayor Rivera con el tiempo se convirtió en una figura nacional, al llegar a ser un general a cargo de toda la nación. Luego de su muerte y de otros sucesores, el subteniente Molina se convirtió en el hombre fuerte de Panamá.

Ya más maduro, regresé a México a obtener el post-grado en derecho laboral. Como coincidencia mi padre obtuvo una licencia de dos años, para tomar una especialidad también en México. La segunda especialidad de papá fue Cirujía Oncológica, en el Instituto Mexicano del Seguro Social.

En México tomé la decisión de contraer nupcias por lo civil con Deborah. Una nueva etapa de alejamiento entre mi madre y yo se inicia. Ahora me separo totalmente del manto de ella y adopto una nueva personalidad. Reemplazo el regazo maternal por otro de afinidad, que me daría después tres retoños unidos a mí por consanguinidad.

Ya teníamos dos casas. La famosa casa del tío y otra hecha a nuestro gusto en uno de los sectores más exclusivos de la ciudad. Era muy bonita, de dos pisos. Abajo teníamos una cocina con una barra como de cantina en donde había un puesto para cada uno con excepción del de mamá, que se ubicaba adentro de la barra cuando nos atendía durante las comidas. Toda la cocina tenía azulejos en los mostradores y en las paredes había calcomanías traídas de México y que pegamos bajo la dirección de Clementine. La lavandería estaba cerca de la cocina, en la parte de atrás. También tenía un porche en la entrada de la casa, el lugar predilecto de la familia. Pasábamos horas y horas en esa terraza que estaba amueblada con cuatro sillas de hierro y una mesa de centro que en una Navidad le regalé a Clementine. En el extremo había un gran macetero con hermosas plantas. Este porche fue testigo de muchas conversaciones de los miembros de la familia, de risas y de lágrimas. Ahí jugábamos barajas los domingos, cuando crecimos y nos reuníamos a almorzar en casa de nuestros padres. Unos ganaban, otros perdían, pero lo importante era que nos reuníamos y la pasábamos muy a gusto.

La sala-comedor de dos niveles, también tenía dos tipos de pisos. La parte superior de mosaico blanco, pero la inferior tenía un piso muy especial. Se podría decir que era uno de los pocos caprichos que le conocí a mi madre. Le formaban círculos de madera y, entre ellos, el relleno de cemento. El piso era pintado de negro, así que cada vez que se ponía feo o deterioraba, había que remozarlo. Pero era muy bonito y nosotros ayudábamos con el mantenimiento. En la parte baja había dos semicírculos. Teníamos el comedor en uno de ellos y un mueble siguiendo el mismo círculo con cojines rojos que formaba parte de la sala. El nivel superior comprendía el resto de la sala, con dos puertas de vidrio. Conducían a otra terraza que usábamos cuando había fiestas, para agrandar el área. Las lámparas de la sala las diseñé y confeccioné yo.

Bajando una escalera había también un cuarto con su baño, que en una ocasión ocupó mi hermana Luz cuando quiso ser independiente. La casa tenía un bonito jardín, bastante cuidado, con una fuente imitando al niño de Bruselas. Mamá en una ocasión se trajo un mural que representaba una bailarina hecha en azulejos mínimos, que colocaron en la pared de la entrada de la casa. En el piso superior se encontraban cuatro habitaciones con dos baños. Un cuarto de estudios para hacer nuestras tareas escolares al regresar del colegio; contaba con un cuarto pequeño que era un gran librero.

A la mitad de la escalera tenía mamá un gran macetero con muchas plantas y una pared hecha de ornamentales para que hubiera luz y ventilación. Saliendo del cuarto de las niñas y del estudio había dos grandes cuadrados con sus barandales, en donde hacíamos nuestras fiestas. En la terraza a la que se accedía por el cuarto de estudio, había una gran jaula que trajo mamá de México en uno de sus viajes. Dentro teníamos periquitos australianos de diferentes colores, los que fueron liberados gracias a mi hermano Sebastián, que les abrió la puerta y los dejó escapar.

Con el tiempo mamá hizo dos departamentos en estas terrazas y se los alquiló a mis hermanas cuando se casaron. Esta casa, que se inauguró cuando me recibí en Leyes y con los quince años de mi hermana Manuela, quedó alquilada a un alto ejecutivo, cuando viajaron a México a hacer la segunda especialidad de mi padre.

Mi papá llegó a tener muchos puestos. No sé si por su preparación, suerte o sus especialidades. Entre los puestos que llegó a tener destacan los siguientes: Director Médico de varios hospitales, incluyendo la Policlínica del Seguro Social y que hoy día lleva el nombre de su tío.

Mi hermano Antonio fue muy inquieto de pequeño. En una ocasión se enterró una astilla de la ventana en el ojo y estuvo a punto de perderlo. Otra vez estuvo casi expulsado del colegio secundario por sustraer un examen y pasárselo a alumnos reprobados. Perteneció al grupo de los muchachos exploradores (boys scouts), del que me habían expulsado junto con un primo y un amigo. Según nuestro jefe, primo nuestro,

tenía las siguientes quejas: uno de nosotros se pasaba leyendo cómicas, el otro desobedeciendo las órdenes y yo hacía rebeliones y alborotaba a los demás exploradores. En una Navidad le regalaron a Antonio una motocicleta que disfrutó mucho. Siempre que podía se paseaba frente a los colegios, de muchachas para que lo vieran. Con esta moto se fue hasta la Provincia de Herrera en unas vacaciones.

Tenía muy buenos amigos. Con uno de ellos disfrutaba mucho una casa en la Playa de María Chiquita a donde hacían paseos con los jóvenes, que mi mamá acarrea y cuidaba. Con otro de los amigos disfrutaba la casa de sus padres en donde había caballos; siempre que podía, se iba a pasar los fines de semana con ellos. Montaba muy bien a caballo. En realidad, de joven fue muy osado para todo lo que era deportes. Recuerdo como esquiaba de bien en el agua cuando íbamos a Acapulco o a Tequesquitengo.

Hizo sus estudios en el colegio que quedaba frente a la casa, así que tenía amigos para escoger, ya que ese centro es muy grande. Luego decidió ir a México a estudiar medicina. Como él nació en ese país, se vio obligado a hacer el servicio militar. Todos los domingos tenía su cita para ejercitarse y entrenarse.

Cuando Antonio estudiaba medicina en México, sufrió persecución política. Tuvo mucha suerte de que nada le pasó cuando, en unas revueltas estudiantiles en la Universidad Nacional Autónoma de México, le aflojaron todas las tuercas de las llantas de su auto, al tomar velocidad, se le salieron todas. Durante sus años de estudiante vivió la matanza en Tlatelolco. Tuvo que esconderse por un tiempo, con unos amigos en el norte del país.

Siempre estaba metiéndose en algún lío. En Panamá por sus ideas civilistas, sufrió la persecución y hasta privación de la libertad por unos días, junto a su esposa. Él, al igual que mis hermanas, creían fielmente que la situación debía cambiar, así que decidieron hacer la pelea de frente. Una vez logrado el objetivo del cambio, Antonio empezó a militar en un partido político. Ahora no sólo tenemos un médico brillante, sino un político apasionado. Fue legislador del país, ahora pertenece al

Parlamento Centroamericano. Es excelente organizando y planificando. Puede llevar a cabo cualquier cosa que se propone, parecido a mi tío Juan Ignacio. Es más, parece más hijo de mi tío que de mis padres, tanto en lo físico como en lo arrogante e inteligente, sin dejar de ser una excelente persona.

Andrea, una de mis hermanas, siempre fue bastante bohemia. Le gusta la música, a veces rasguea la guitarra o toca el piano; de pequeña le gustaba la marimba y le compraron una grande de madera en México. Ha hecho una que otra pintura sin tomar clases, escribe poesía. Ella toma la vida sin mayores preocupaciones. Es muy tenaz y persistente, no se deja vencer fácilmente. Tiene toda la energía del mundo. De pequeña parecía una india mexicana. Posee una cabellera abundante y negra acompañando sus facciones, ojos negros y nariz muy bonita. De baja estatura como mi madre y carácter bastante fuerte, aunque aparenta ser muy dócil. Siempre se sale con la suya. Una vez que se propone algo, lo logra.

Cuando se graduó del colegio de monjas, la enviaron a Suiza y mis padres andaban muy angustiados creyendo que se había extraviado, hasta que dieron con su paradero. Primero lloraba por estar en Suiza y cuando tuvo que viajar a Panamá, lloraba por no querer regresar. Retornó muy hacendosa ofreciéndose para lavar los platos después de comer, cosa que nos causaba mucha gracia porque siempre le huía al ajetreo de la casa. Aún a la fecha, rechaza el oficio de la casa. Puede permanecer doce horas laborando en una oficina haciendo negocios, antes que estar en una cocina.

Andrea tiene una personalidad que agrada. Es tierna y muy noble. Ayuda a Raimundo y a todo el mundo, a los más necesitados y jamás lo comenta. Cuando sus hermanos cayeron presos, durante la represión contra los civilistas en Panamá, ella movió cielo y tierra para obtener su libertad.

Y que decir de Manuela con su casamiento prematuro, que echó por tierra las ilusiones de mis padres para mandarla también a Suiza y hacer de ella una Administradora de Hoteles. También inquieta, revolucionaria, tres veces detenida por las huestes militares y dictatoriales. Hoy día dedicada a hacer lo que le viene en gana. De repente se pone a aprender a tocar la

guitarra, a estudiar alguna otra carrera, es política o está predicando por todos los rincones la palabra de Dios.

Es más alta que Andrea y más clara, con ojos verdes. De chiquita refunfuñaba, porque todos sus hermanos los tenían oscuros. Siempre andaba preguntando de qué color tenía los ojos. Cuando le decían que verdes, contestaba: "Siempre verdes, siempre verdes, nunca chocolates".

Manuela es extremadamente ordenada y le gustan las cosas limpias. Cuando mis hermanas eran pequeñas, mi mamá tenía la costumbre de darle a la servidumbre vacaciones al mismo tiempo que las escolares, para que ellas fueran aprendiendo los oficios de la casa. Manuela usualmente barría y trapeaba los pisos, pero al terminar quedaba descalza, para comprobar si estaban realmente impecables. Bueno, Antonio era tan travieso, que con sus amigos, de maldad caminaban con los zapatos sucios para enlodar el piso recién limpio. Había que ver cómo se enojaba Manuela y los correteaba con la escoba. Mi hermano Jaime le gritaba de una esquina a otra: "sábados de horror", debido al mal genio de Manuela ese día, cuando más se dedicaba a la limpieza.

Manuela era tan golosa, que si estaba comiendo una paleta o un caramelo y venía alguien a pedirle un pedacito, decía que estaba bien, pero que cogiera una chupada. Lo primero que dijo al hablar fue: "La niña popo". Se refería a ella misma.

Luz, la más pequeña de mis hermanas, siempre fue muy independiente. Jamás pedía permiso para salir con sus amigas a diferencia de Manuela, lo notificaba simplemente. Cantaba precioso, siempre era escogida para hacerlo en la escuela. Sumamente alegre y bailarina. Con muchos pretendientes. Donde había fiesta ahí estaba mi hermana. Era más trigueña que Manuela, más baja de estatura, pero con mucho gusto para vestirse y arreglarse. Con una personalidad pacífica, pero muy decidida, con mucho carácter. A veces le decíamos que era neurasténica; si amanecía bien, se podía saludar y si no, entonces mejor ni decirle nada.

Cuando fue a estudiar a México turismo, vivió en la casa que yo tenía junto con Deborah. Como los dos éramos igual de

atravesados, a veces en las mañanas nos cruzábamos y ni nos dábamos los buenos días. Si andábamos de buenas, era todo un coloquio. No es que tuviéramos mal carácter, es que teníamos carácter.

Luz siempre fue muy clara en sus pensamientos y cuando discutía sobre algún tema sabía perfectamente lo que decía. Luego de haber hecho sus estudios de turismo en México se liberó desde muy joven acorde con una mezcla de ideas socialistas y capitalistas. Se fue un buen día a recorrer Europa, así mismo regresó un domingo en la noche a la casa de mis padres. Luego se puso a tomar clases de guitarra y administrar un negocio que le daba el ingreso suficiente para sufragar sus gastos. Conoció a un banquero inglés y se enamoró. A la fecha vive en Inglaterra felizmente casada y con tres hijos. Es una mujer extraordinaria.

Jaime. ¡Ay! Jaime, cuánto dolor le has traído a mis padres! El niño tímido, buen alumno, retraído, es atraído por afanes perjudiciales a su personalidad y salud. Hablar de su tragedia es recordar momentos muy tristes para papá y mamá. Quizá más adelante me sienta con ánimos para recordar la historia de este hermano, que me atrevo a decir, ha sido el más noble de todos nosotros.

El último retoño de mis padres fue Sebastián. El niño que se supone sería el más tranquilo de todos, fue el más inquieto. Hizo tantas travesuras, que siempre nos tenía en espera de algo.

De pequeño se tragó un alfiler. En ese tiempo se usaban los alfileres o imperdibles para los pañales que eran de tela. Se le había puesto su pañal como de costumbre y dado su mamadera. En eso el niño se arrancó uno de los alfileres, que quedó abierto. Ni corto ni perezoso, se lo llevó a la boca y se lo tragó. Corrió mamá con el muchachito para el hospital, a cien pasos de la casa. Felizmente el Dr. Medina lo metió al cuarto de urgencia y con toda la habilidad del mundo, le sacó el alfiler abierto. Quedó estropeada su garganta y boca.

Le gustaba mucho tocar la guitarra. Un día en que estaba en su mecedora muy contento tocando sus canciones preferidas

atravesados, a veces en las mañanas nos cruzábamos y ni nos dábamos los buenos días. Si andábamos de buenas, era todo un coloquio. No es que tuviéramos mal carácter, es que teníamos carácter.

Luz siempre fue muy clara en sus pensamientos y cuando discutía sobre algún tema sabía perfectamente lo que decía. Luego de haber hecho sus estudios de turismo en México se liberó desde muy joven acorde con una mezcla de ideas socialistas y capitalistas. Se fue un buen día a recorrer Europa, así mismo regresó un domingo en la noche a la casa de mis padres. Luego se puso a tomar clases de guitarra y administrar un negocio que le daba el ingreso suficiente para sufragar sus gastos. Conoció a un banquero inglés y se enamoró. A la fecha vive en Inglaterra felizmente casada y con tres hijos. Es una mujer extraordinaria.

Jaime. ¡Ay! Jaime, cuánto dolor le has traído a mis padres! El niño tímido, buen alumno, retraído, es atraído por afanes perjudiciales a su personalidad y salud. Hablar de su tragedia es recordar momentos muy tristes para papá y mamá. Quizá más adelante me sienta con ánimos para recordar la historia de este hermano, que me atrevo a decir, ha sido el más noble de todos nosotros.

El último retoño de mis padres fue Sebastián. El niño que se supone sería el más tranquilo de todos, fue el más inquieto. Hizo tantas travesuras, que siempre nos tenía en espera de algo.

De pequeño se tragó un alfiler. En ese tiempo se usaban los alfileres o imperdibles para los pañales que eran de tela. Se le había puesto su pañal como de costumbre y dado su mamadera. En eso el niño se arrancó uno de los alfileres, que quedó abierto. Ni corto ni perezoso, se lo llevó a la boca y se lo tragó. Corrió mamá con el muchachito para el hospital, a cien pasos de la casa. Felizmente el Dr. Medina lo metió al cuarto de urgencia y con toda la habilidad del mundo, le sacó el alfiler abierto. Quedó estropeada su garganta y boca.

Le gustaba mucho tocar la guitarra. Un día en que estaba en su mecedora muy contento tocando sus canciones preferidas

de las posadas navideñas se lesionó la córnea de un ojo con una de las cuerdas de la guitarra. Le quedó una cicatriz permanente. Cualquiera que le veía con su guitarra pensaba que realmente sabía tocar, pero lo que hacía era rasgar las cuerdas y cantar todo el día.

¡Cómo le gustaba a Sebastián escuchar música!. Por horas se pegaba al tocadiscos escuchando discos. A veces los rayaba cuando trataba de coger alguno. Cuando escuchaba alguna pieza que le gustaba, se emocionaba y empezaba a bailar.

También tenía un triciclo, porque mis padres querían que él tuviera todo lo de un niño normal, prácticamente imposible con un niño excepcional como éste. Parecía velarle el sueño a la gente, porque cuando andaba en sus travesuras, nadie se daba cuenta. En el triciclo se fue por toda la playa cruzando la calle más peligrosa que teníamos, en donde pasaban las ambulancias, autobuses y gente extraña para él. Con un sentido de orientación increíble, llegó hasta la casa de mis tías paternas, que estaba a nueve cuadras de la nuestra. Andábamos todos buscándolo por todos lados, los hermanos y los jóvenes del barrio, tras Sebastián. En eso llamó por teléfono una amiga de mi mamá y nos comunicó que acababa de ver a Sebastián en su triciclo por el Paseo Gorgas, a toda velocidad. Después de esta aventura mi hermano no volvió a usarlo, ya que unos estudiantes lo molestaron en su paseo y se asustó. La gente no estaba acostumbrada a ver estos niños por las calles, siempre se quedaban observando a Sebastián como cosa rara. Con el tiempo se llegaron a habituar.

A Sebastián lo acostumbraron desde pequeño a comer un huevo en la mañana y otro en la tarde. Cuando vivieron en México, casi se rompe un diente porque mamá quiso cambiarle el menú de todos los días, por miedo a que estuviera comiendo muchos huevos y tuviera el colesterol alto. Para sorpresa de todos, una vez que le hicieron el examen, su colesterol salió mejor que el de cualquiera de nosotros.

Un fin de semana lo llevaron a Playa Langosta a acampar, Antonio, su esposa Sandra y Andrea con su esposo Marcelo. No recuerdo si estaba Luz con su novio. Plantaron una tienda de campaña y pasaron la noche, sin haber dormido por los

animales e insectos. Muy temprano, cuando preparaban el desayuno, los mosquitos estaban insoportables picando mucho. El día estaba tan gris que todos decidieron entrar en la tienda de campaña y seguir la tertulia. El mar estaba muy tranquilo, así que no se preocuparon si Sebastián se quería quedar sentado en la arena. No recuerdan mis hermanos si estaba dentro de la balsa o en la arena; dejándose llevar por la conversación, se olvidaron del niño.

Cuando salieron del toldo y se percataron que no estaba afuera, empezaron a buscarlo por doquier. De repente lo divisaron a la distancia en el horizonte, ya casi saliendo a alta mar. Ellos cuentan que cuando entraron a la tienda de campaña la marea estaba baja, el mar estaba muy calmado. Cuando salieron ya habían olas, el mar estaba un poco revuelto, había brisa.

¡Qué desesperación al salir y no ver a Sebastián! ¡No sabían qué hacer! Una impresión muy fea. Nervios, pánico. Subió la marea y con el vaivén se fue llevando el flotador. Antonio, desesperado, dijo que él iba a alcanzarlo nadando igual que Marcelo, el esposo de Andrea. Antonio dio diez brazadas y no pudo más. El cansancio lo venció. Fumaba mucho y había sido operado recientemente de un pulmón que se le había colapsado.

Marcelo sí pudo seguir, ya que él tenía experiencia como nadador. Andrea corrió y corrió sin fijarse en dónde o qué pisaba, si se pinchaba; no le interesaba nada más que alcanzarlo. Cuando ya no había por dónde correr y no pudo seguir por tierra, se tiró al mar alcanzando la balsa al mismo tiempo que el esposo. Le hablaron a Sebastián para que no se asustara y poco a poco fueron llevando la balsa hacia la orilla. No tenía la menor idea del peligro, pero debe haberse asustado, porque nunca quiso volver. Cuenta Marcelo que al regreso tuvo que remolcar a dos en lugar de uno, porque Andrea estaba agotada y no estaba nadando. Cuando llegaron a tierra, increíblemente la balsa se desinfló; quedaron mis hermanos tan nerviosos, que recogieron todo y regresaron a casa. Estuvieron muy tensos y traumatizados por mucho tiempo. La responsabilidad de que algo le hubiera pasado a Sebastián los turbaba. ¡Y meditar que casi se pierde en alta mar!

Por su misma naturaleza Sebastián caminó muy tarde como a los cinco años y cuando gateaba, lo hacía por toda la casa que era muy grande. En la parte de atrás de la casa quedaba la lavandería y, quién sabe cómo nos descuidamos, llegó hasta ese lugar. Ahí había varios frascos que contenían diferentes artículos de limpieza. En eso el niño, quién sabe por qué razón, gateando se fue de lado y cayó encima de los frascos dándose con un galón de cloro. Fue a darle a la carita, con vidrio y todo, en el corrosivo. Se le hincharon los ojos y fuimos corriendo con el niño para el hospital. Allá pensaron que había tragado algo, pero no fue así, solamente le había afectado los ojos que, siempre distorsionados, los tenía rojos. Demoró como una semana con el tratamiento.

Tantas cosas, mamá pasaste con Sebastián, a pesar de que se le daba mucha atención. Fue el hijo que más accidentes tuvo, además de tener un carácter un poquito fuerte.

En otra ocasión Sebastián se intoxicó. Todo fue a causa de un muchacho que había venido del campo y se empleó en la casa. No percibimos que el joven estaba lleno de piojos y por ironía del destino se le pasaron a Sebastián. Un día cuando mi madre estaba peinando a mi hermano se dio cuenta que su cabecita estaba llena de unos insectos pequeños y fue tal su desesperación que lo primero que se le ocurrió fue echarle un poco de insecticida. Por la misma condición del niño que siempre estaba resfriado, con tos y mocos, el niño se estaba asfixiando. Llamamos enseguida a mi papá al hospital, a Antonio al otro hospital y llegó éste corriendo. Viendo que Sebastián no volvía, en sí le puso una inyección. Se recuperó el niño después de mucho tiempo, porque hasta venoclisis hubo que ponerle. Eso sí, se le quitaron los piojos de por vida.

Mi mamá venía observando que Sebastián tropezaba con las cosas. Cuando bajaba los escalones que hay en la sala y el porche, como que no atinaba muy bien a poner su pie. Empezó a sospechar que ya Sebastián no estaba viendo bien y decidieron llevarlo a un oftalmólogo para que lo examinara.

Efectivamente, necesitaba una operación, ya que tenía una catarata en uno de los ojos. Cuando ese niño vio que lo habían metido en el salón de operaciones, se levantó de la camilla y se

puso contra la pared. Desde ese ángulo empezó a forcejear él solito contra los auxiliares, médicos, y enfermeras, para que no logaran tocarlo. Fue una verdadera odisea. Verlo en esa situación fue para nosotros muy difícil, ya que siempre lo habíamos protegido tanto y en esta ocasión solamente podíamos ayudarlo sometiéndolo a esta operación. ¡Cómo explicarle a él que lo que le iban a hacer era para su bien! En un momento de descuido, una enfermera logró ponerle un calmante y lo durmieron enseguida. Cuando despertó Sebastián, pobre, no sabía ni qué le había pasado. Nos miraba como pidiéndonos ayuda. Gracias a Dios ahora puede ver un poco mejor. Se supone que necesita otra operación, pero mis padres quedaron tan impresionados que no quieren pasar de nuevo por esto. Nunca más aceptó entrar a un hospital.

A los doce años no quiso regresar a la escuela. No le gustaba su uniforme, se lo jaloneaba. Cuando se hacía el recorrido para dejar a todos los hermanos en las otras escuelas y a él en la suya, no había manera que quisiera bajar del auto. Se agarraba de la puerta, del volante, se afianzaba a tal grado que prácticamente había que forzarlo para que bajara. Él quería asistir al Colegio La Salle y usar el uniforme de sus demás hermanos.

Ahora, cuando mi madre se acuesta y no le dice nada, permanece observándola a ver cuando le dice toda la letanía de cariño antes de que se duerma, lo arropa, en fin. Toda la vida durmió en una cama al lado de la de mis padres. Él puede recorrer todas las recámaras durante el día, pero una vez que llega la hora de dormir, se va al cuarto de ellos.

Sebastián fue muy protegido. Quizá cometimos un gran error en esta manera de educarlo, ya que antes de que pidiera la azúcar o la leche lo estábamos atendiendo. Todos teníamos siempre la mirada puesta en él para ayudarlo y asistirlo en todo. Le cortábamos la carne, atábamos los cordones de sus zapatos, lavábamos sus dientes. No toma agua si no le damos el vaso con agua, no come el pan si no se lo untamos con mantequilla, se le baña, se le peina.

¡Cuántas vicisitudes, madre! Pero estás estoica, fuerte como una columna de mármol, frente a los embates que se te atraviesan y que destruyes con tu fortaleza.

Entre sollozos y balbuceos, me parece escucharte y oigo que me dices que fui para ti la perfección, el modelo de hijo que tú soñaste, que las asperezas fueron tan pocas, comparadas con las virtudes que siempre demostré. Que me voy dejando en este mundo una gran familia que a diario me recuerda. Que dejó un hogar bien cimentado donde a diario se oyen las melodías de mi hija Saray, que Amanda cada día añora mis enseñanzas, que Juan Carlos, a pesar de sus ideas modernas, siente gran amor y respeto por mí.

Mi madre siempre se caracterizó por ser sociable. Conoció a muchos personajes que hicieron historia en Panamá: al General Rivera, al General Molina de malos recuerdos. Mi padre y ella tuvieron la oportunidad de conocer al ex-presidente de la Argentina, Juan Domingo Perón, en su exilio en la ciudad de Colón. Fue huésped distinguido de nuestro pueblo, en su honor se efectuaban peleas de boxeo, deportes de distintos tipos. Recuerdo que mi padre en esa época era médico de la Comisión de Boxeo y tuvo la oportunidad de tener varias conversaciones con el General Perón. Cuando iba a venir el Presidente de la Argentina a Panamá, se le pidió al exiliado que dejara el Hotel Washington que era en donde se hospedaba. Papá le ofreció como residencia un apartamento en nuestra casa, oferta que fue rechazada ya que el general se trasladó a San José, Costa Rica. Y cuando regresó a Colón se hospedó junto con su segunda esposa Isabel, hasta que decidió irse a España.

Nuestro país es tan pequeño que llegó a ser presidente del país un griego amigo de la infancia de mi padre. Otro presidente distinguió a papá con el nombramiento de Gobernador de la provincia de Colón, a los 72 años de edad.

Aparte de la personalidad sociable de mi madre, evidenció otros factores que garantizaron su equilibrio emocional. Un completo rosario de bondades, virtudes, penas y zozobras constituyen su vida. Me sentí siempre orgulloso de las

cualidades de ella, estoy seguro que fueron los pilares para mi generación.

Todos los hijos de mis padres se hicieron profesionales, con excepción de Sebastián. Jaime que es el penúltimo se fue al Brasil a estudiar Ingeniería. Como a los tres años de estar en Brasil, empezó a escribir unas cartas muy extrañas. Divagaba, pasaba de un renglón a otro sin ningún sentido y empezamos a temer que estuviera disociado en sus ideas.

En las siguientes vacaciones en que vino a visitarnos, nos dimos cuenta que estaba enfermo. La enfermedad de Jaime resultó ser esquizofrenia. Después de muchas consultas médicas, siquiátricas, psicológicas, se llegó a esta conclusión. Él lleva ya dieciocho años en tratamiento. Medicinas de toda clase se experimentaron.

En una ocasión Jaime dejó la universidad en Brasil y tranquilamente se fue a pasear a Bolivia. Según él, estaba loco por conocer Santa Cruz. En este viaje se quedó corto de dinero y no tenía cómo regresar a Panamá. Con la ayuda de un amigo llamó a un banco en Colón y a través de este empleado bancario pudimos saber en dónde estaba. Se le giró dinero para que regresara a Panamá. Vendió calculadora, sus zapatos, dejó sus libros en el aeropuerto.

Tuvo problemas con su pasaporte por el aspecto que traía, no era comparable con la foto del pasaporte. Al llegar al aeropuerto de Panamá, sólo contaba con veinticinco centavos que utilizó llamando a su padrino que fue a recogerlo. Lo llevó hasta la terminal de autobuses para que cogiera su bus a Colón. Una vez en el, empezó a sentir mucha nostalgia por Brasil y lloró por la tristeza que sentía al no poder continuar sus estudios.

En esta ocasión llevábamos un mes sin conocer su paradero y mis padres que estaban en México, enviaron por él al enterarse que estaba en Panamá.

En el aeropuerto de México le hicieron también una revisión minuciosa. Le quitaron las botas, se las cortaron, le registraron los pantalones, le quitaron la camisa, en fin. Al llegar a la capital azteca, se inscribió en la Universidad Nacional. Fue aceptado, ya que siempre ha tenido buenas calificaciones. En realidad, lo

que le faltaba para graduarse en Brasil eran apenas tres materias. Asistió a sus clases, sirvió como chofer de mis hijos llevándolos a sus clases de alemán y música.

Aparentemente se le veía bien. Pero, en ocasión de un viaje al Estado de Chiapas con un primo, se encaprichó con una prima. Se enamoró en tal forma, que la seguía por todas partes. Estando en una fiesta en la playa con Irma, como se llama, sufrió una de sus peores crisis. Ella aceptó bailar con otro muchacho y por lo que cuentan, estaba bastante acaramelada con el amigo. Esto disgustó mucho a Jaime, al punto que compró una botella de licor. Se fue caminando por la playa y empezó a beber, cosa que no solía hacer.

Cuando regresó al lugar de la fiesta, encontró que ya no había nadie. Trató de forzar la ventana con un punzón, cuando en eso vio que un auto estaba recogiendo a una familia que se retiraba del puerto. Bastante indispuerto por el alcohol, rogó que lo llevaran a Tonalá y felizmente tuvo éxito en su petición.

Al llegar al pueblo se acercó a la casa de Irma y al ver que no se encontraba, se acostó en la cama. Fue sintiéndose tan mal, que se levantó, quitó la cadena de oro que colgaba de su cuello. Solicitó a la madre de Irma que le sobara el pecho, porque se sentía asfixiar. La tía le sobó y le puso una venda. En eso él se levantó, pidió que le diera la cadena a la prima y se fue para Arriaga.

Aquí empezaron sus pesadillas y miedos. Se sentía asustado, como embrujado, veía luces, oía repicar las campanas de la iglesia toda la noche. Puso dos cuchillos debajo de la hamaca en que dormía. A la mañana siguiente, luego de no dormir, le pidió a su tío César que lo protegiera. El tío empezó a mirarlo con extrañeza y decidió junto con la tía Azucena, que Jaime regresara a la capital donde estaban mis padres.

Llegó el día del regreso, ya le habían hecho su desayuno, tenía la maleta lista, cuando de repente se acerca a conversar con Paco el loro, según cuenta él mismo. Escuchó que el loro lo mandó a tirar un llavero de oro que tenía y sus zapatos al fondo del patio. Tía Azucena no se daba cuenta de lo que estaba

pasando y Jaime agarró vuelo. Se fue de la casa sin pasaje, ni nada. Abordó un taxi y le pidió que lo llevara a la ciudad de Cintalapa, donde sentía que se encontraría con Irma. Cuando llegó a su destino, encontró que solamente contaba con \$50 pesos y el taxi le costaba \$500. Tranquilamente le dijo al taxista que fuera a cobrarle a los tíos a Arriaga, cosa que hizo.

Se bajó en la estación de autobuses y a sabiendas que no tenía dinero, pidió pasaje para otro lugar. Cuando oscurecía empezó a caminar de regreso, abandonando el maletín y todo lo que estorbaba. Corrió por los campos que bordean la carretera. Vio una casa con seis o siete autos finos; tocó, nadie le abrió. No recuerda si los vehículos estaban ahí antes o después de haber estado dentro de la casa, en donde de repente creyó estar rodeado de sapos y ranas. Recuerda haber visto un perro sabueso inglés y haber oído un disparo. Huyó porque sentía que lo llamaban y un árbol le habló diciéndole que ahí lo habían ahorcado. Regresó a Cintalapa después de haberse acostado al borde de la carretera a descansar. Se sentía agotado de tanto correr, con ese loco vaivén. Como a los seis días regresó a Arriaga y por supuesto, los tíos muy preocupados. A éstos no se les ocurrió más que meterlo en la cárcel hasta cuando llegamos mi padre y yo a recogerlo.

Una odisea para Jaime, tenía los pies destrozados, casi desnudo con un pantaloncito que algún buen samaritano le había obsequiado. Veía que cavaban una zanja para arrojarlo dentro, oía voces a través de alto parlantes. Estuvo alimentándose de ciruelas y mangos. Sentía que lo iban a crucificar. En uno de sus momentos de lucidez, pidió a un camionero que lo llevara a Arriaga. Gracias a Dios, como él mismo dice, aquí está.

Desde ese momento empezaron los tratamientos, los medicamentos y una serie de consultas para que se llegara el diagnóstico. Mientras Jaime estuvo perdido, mis padres oraban. En una de esas ocasiones fueron a una iglesia muy pequeña que queda cerca del Parque Hundido; al regresar a la casa, se enteraron que había aparecido.

A la fecha Jaime está muy recuperado. En uno de esos viajes de consulta que hicieron a Chile, una amiga los

recomendó con otra que tenía un caso similar. Hablaron con ella. Esta señora también había luchado por su hijo contra esta terrible enfermedad. Les recomendó un medicamento que, debido a que tenía reacciones peligrosas, no era recomendado por las autoridades de salud pública de los Estados Unidos o de Inglaterra.

Cuando regresaron, consultaron con el médico que siempre ha tratado a Jaime. Éste conocía el medicamento. Sin embargo, estudió toda la literatura que le trajeron y luego los puso en la disyuntiva, si ellos se arriesgaban con el medicamento, él también. Mis padres estaban dispuestos a lo que Dios dispusiera y accedieron. Jaime lleva cuatro años con este tratamiento.

La mejoría ha sido muy, muy buena. Los especialistas aconsejaron que Jaime no regresara a la universidad y por esta razón nunca terminó la carrera, a pesar de que le faltaban sólo tres materias. A muchos hijos, muchos problemas. Pero en realidad las cosas hay que tomarlas como Dios las manda. Y a grandes dificultades, también es cierto que mis padres han tenido grandes satisfacciones.

Muchos fueron los viajes que efectuaron mis padres a Arriaga por vía terrestre. El auto siempre repleto de maletas, artículos de regalos y de familiares en calidad de pasajeros. Estadias gratas en San José, Managua, Guatemala, Tapachula. Y como punto final Arriaga, México. Allí se agregaba siempre otro personaje; Azucena que hacía el viaje más agradable y corto con sus chistes y anécdotas. Finalmente México era la meta final. Después de uno o dos meses, retornábamos a Panamá no sólo los pasajeros, sino uno que otro perro y pericos australianos. Mis hermanos gozaban cada vez que atravesaban una aduana, imitando los ruidos producidos por los pericos para que pasaran desapercibidos y lo lograban.

Los países centroamericanos todos tienen sus encantos. Guatemala, con sus montañas y ríos. Su paisaje es espectacular, con sus costumbres tan regionales. Me llamaba la atención ver a las indias con sus niños en la espalda y todavía llevando alguna carga sobre la cabeza. Nunca olvidaré Quetzaltenango, que me pareció tan bonito. El Salvador pequeño, pero lleno de verdor y con una hermosa costa. Nicaragua me impresionó con sus lagos que parecen un mar y sus campos de algodón. Costa Rica, su gente amable y excelente clima. De Honduras desgraciadamente no pudimos apreciar mucho, ya que es muy corto el tránsito por este país.

En uno de los viajes de regreso a ciudad de México, luego de haber pasado unos días en Arriaga por Semana Santa, veníamos todos cuando sufrimos una colisión en la carretera del Istmo de Tehuantepec. El accidente ocurrió con una vaca preñada. Un campesino que venía por el borde de la carretera con el animal al vernos venir la arreó y ésta, asustada, fue a dar encima de nuestro auto. Con su gran peso destrozó la parte delantera del vehículo, radiador y parabrisas. El conductor era yo, pero mi padre asumió toda la responsabilidad como chofer. Vino la patrulla de caminos y le disparó al animal ya que estaba sufriendo. Nosotros por suerte no sufrimos grandes golpes, pero sí un gran susto.

Mi tía Azucena al enterarse del accidente fue a recogernos al Istmo y nos condujo de vuelta a Arriaga. Una vez en el pueblo nos atendió a todos. Mi hermana Andrea tenía compromiso de trabajo al día siguiente. Después de volver a Arriaga a

pernoctar, salió con un hijo de mi tío Bernabé, llamado Alfonso, en un automóvil destartado. Les tomó 24 horas llegar a la ciudad de México. Los demás llegaron en autobús antes que Andrea. Mi padre se quedó en el Istmo para terminar de tramitar los asuntos del choque y dejar el auto en un taller. Este accidente originó un atraso en la especialidad que mi padre estaba tomando.

Un mes después regresó mi padre al Istmo a recoger el auto, con el motor descubierto. Era nuevo muy lujoso. Del Distrito Federal partimos mi papá, mamá y yo a dejar el automóvil a San Antonio, Texas. Nuestro regreso de San Antonio fue en bus. Quince días después mi papá fue a San Antonio a recoger el auto, en perfectas condiciones.

Aún recuerdo las decisiones que mi madre ha tomado en su vida. En ocasiones fueron bastantes arriesgadas. Sin informar ni siquiera a su esposo realizó un viaje a su pueblo natal, Arriaga, en compañía de la abuela y en estado de embarazo, que su esposo ignoraba. Estamos hablando de un trayecto aproximado de veinticuatro horas. A mitad del viaje sufrió un aborto en evolución. Los inspectores la bajaron del tren. Fue atendida por un médico que estaba ejerciendo en un pueblo cercano y que resultó ser nada menos que su primer esposo, mi padre genético. Salió airosa de este percance, pero consiguió disgustar a Juan José quien se encontraba en la capital.

A los quince días, el retorno no fue mejor. Envío un telegrama a mi papá Juan José para que la esperara en Veracruz, ya que regresaba con su hija Andrea muy enferma. Papá cogió el autobús hacia su destino y contactó a Clementine al llegar el tren. Reposaron por veinticuatro horas en un hotel de la ciudad y mejoró la salud de la niña. La noche siguiente abordaron el tren y ya en marcha el mismo, se agravó la niña con diarreas y vómitos increíbles. La debilidad de mi hermana fue tal que creían que iban a llegar al Distrito Federal con una niña muerta. Papá le aplicó a Andrea una inyección que le calmó los síntomas. Todo ese tiempo pensó mamá que llevaba en sus brazos a una niña sin vida. Se sorprendió a las siete de la mañana al llegar a la ciudad de México, cuando vio que la niña había respondido con notable mejoría. El pediatra terminó de atenderla y mejorarla.

Cuántas zozobras tuvo mi madre en su vida. Mientras mi papá se especializaba en los Estados Unidos, Clementine se fue a Arriaga por unos días. Se llevó a mi hermano Antonio, quien fue víctima de una hepatitis infecciosa severa de la que milagrosamente se salvó, no sin dejarle secuelas de por vida.

Una vez que mis padres se radicaron en Panamá, mi abuela Isabel decidió volver a vivir a Arriaga y dejó la capital. Cuando regresaron para que Juan José comenzara la especialidad de Oncología en el Distrito Federal, mamá tuvo noticias de que Isabel estaba enferma. Decidieron ir a recoger para que la examinaran los médicos de la capital. Neumólogos de renombre la reconocieron y la desahucieron. La tuberculosis había acabado con su organismo. Su último deseo fue terminar sus días en Arriaga. La trasladaron con toda la comodidad posible en un compartimiento privado del tren en compañía de su nieto Alfonso que la quería entrañablemente. El deceso vino pocos meses después, estando mis padres en Panamá. Celebraban en casa la boda civil y eclesiástica de mi hermana Manuela, cuando por ironía del destino mamá telefónicamente recibió la triste nueva.

Recuerdo que me irrité mucho y fui un poco grosero con los últimos invitados e íntimos amigos de mis padres. Los corrí de la casa sin más preámbulo. Al día siguiente mamá, acompañada por Magdalena, abordó el avión hacia la ciudad de Guatemala y de ahí en transporte terrestre cruzaron la frontera hasta Arriaga, a donde llegaron a tiempo para el sepelio.

Poco a poco va mi madre quedando sola. Sus seres más queridos se van alejando. Ya se le fue su madre, sus hermanos Bernabé, Juan Ignacio, Aarón y por último, Azucena.

Azucena, como un presagio, en uno de nuestros viajes a México, nos animó a viajar a Las Vegas. Yo cooperé con los pasajes a Los Angeles, San Francisco y Las Vegas. Fue un viaje inolvidable para mi tía, quien pocos meses después falleció, víctima como yo, de un cáncer, no sin antes venir a Panamá y ser notificada de que estaba desahuciada.

Mamá tuvo que regresar a México pocos días antes de la muerte de su hermana. Yo la recibí el mismo día del terremoto,

que había causado angustia en el país y en el mundo entero. Fue un zigzag terrible el que tuve que hacer para llegar al aeropuerto, debido a que las calles estaban bloqueadas en toda la ciudad por los edificios en el suelo y los que estaban a medio caer. El viaducto que lleva hacia el aeropuerto estaba prácticamente imposible de transitar. Había escombros por todas partes, tristeza, desolación.

Nos contaba mi mamá que ya sobrevolando la capital mexicana, el piloto les anunció por el alto parlante que las personas que bajaban en el aeropuerto Benito Juárez podían regresar a Panamá en ese mismo avión, porque hacía media hora que había ocurrido una desgracia en la ciudad. Muchos de los pasajeros estaban tan asustados que no se movieron de sus asientos. La mayoría venía a hacer turismo, pero como no estaban las cosas como para pasarla bien, no se animaron a bajar. El afán de mi madre era estar con Azucena, así que ella, junto con dos o tres personas más, descendió del avión.

La preocupación de la familia en Panamá era inmensa, ya que no se tenía noticias de México y les angustiaba el estado de Clementine. No solamente bajó mi madre en la ciudad de México, sino que después de hacer las gestiones necesarias en medio de tanta confusión (no se sabía si irían a volar los aviones, y si lo hacían a qué hora partían, si había cupo), como a las seis o siete de la noche conseguimos un avión que iba a volar al sur del país. Decían que no había cupo, falso, ya que el avión en que iba Clementine a Tuxtla Gutiérrez estaba casi vacío. Una vez en Tuxtla, ahí la esperaba en el aeropuerto el chofer de mis tíos, que la llevó a Arriaga, aproximadamente a tres horas y media de distancia.

Cuando mamá llegó, Azucena estaba realmente grave. Al otro día hubo una réplica más del terremoto, no tan fuerte como la primera vez, pero que siguió destrozando los edificios en la capital. El 22 de septiembre de 1985 a las siete y media de la mañana, murió mi tía. Ella víctima de una enfermedad terminal y miles de personas víctimas del poder de la naturaleza. En este terremoto murieron muchos colegas de Juan José, ya que el hospital de oncología en donde hizo la especialidad se había caído por completo, justo a las horas laborales.

A pesar de que Azucena ya estaba muerta, tío César no quería que le quitaran el oxígeno, ni ningún otro tubo o aparato. Cuando lograron convencerlo de que ya no había nada que hacer, mamá y el resto de la familia empezaron a organizar el sepelio. No quería mi tío César que se llevara el cadáver a la casa nueva que no había podido disfrutar mi tía, deseaba que se velara en la casa vieja. Como estaba un poco descuidada, ordenó que antes de llevar los restos, se acicalara la misma lavándole las paredes, pintándola y llenándola de palmas verdes y guirnaldas de flores. Todo esto se realizó esa misma mañana y llevaron el féretro, colocándolo en medio de la sala.

El clima es caliente, así que debajo colocaron unas tinas con bloques de hielo para conservar el cadáver. Se organizaron los rosarios, colocaron cruces en la cabecera y a los pies de Azucena. Se preparó la comida a la usanza regional: con tamales, marquesote, (una especie de torta con harina de arroz o maíz, huevo, y azúcar), pan de huevo. Se molió chocolate y café especial. Se llevaron cajas y cajas de cerveza, refrescos y trago fuerte, en fin. El velorio es largo. Es como una celebración.

Azucena fue política, perteneció al PRI por 42 años. Directora de las comisiones de mujeres campesinas, era siempre la persona que recibía a los posibles candidatos para gobernador del estado, a los presidentes de la república cuando llegaban a hacer sus recorridos por la región. En realidad, un personaje. Muy querida, muy solicitada, hubiera podido ser presidente municipal y quizá diputado a la asamblea si no hubiera sido por su negocio de cerveza. Comentaban los opositores que era un impedimento para Azucena, no era una buena candidata, a pesar de que jamás tomó licor ni fumó.

Su sepelio fue muy concurrido: representantes del gobernador, de la gente del pueblo, de las comunidades vecinas. De la capital enviaron uno del PRI que pronunció un discurso reconociendo todas las cualidades de mi tía. Todos estamos conscientes que cuando se mueren las personas, quién sabe por qué razón sólo afloran las virtudes. Nunca se sabe lo malo, siempre lo bueno.

Pasó el sepelio y continuaron los rosarios para completar el novenario que se acostumbra. Se hacían en la iglesia y en la casa. Después de rezarse el rosario, se atendía a la visita repartiendo la cena que consistía en el chocolate, atole, tamales, y pan de dulce.

Una de esas madrugadas estaba mamá durmiendo con Magdalena en la recámara principal, que quedaba en el segundo nivel de la casa. Azucena no la conoció amueblada. Sólo pudo estar los últimos días de vida en la parte de abajo, donde tenía una recámara con todo lo que necesitaba. Serían como las tres o cuatro, había luna llena. Al lado de la recámara hay un patio interior estilo colonial con muchas plantas y un pozo con arco parecido a los antiguos.

Queda uno tan impresionado cuando muere una persona conocida, que la escucha, ve en todas partes, oye sus pasos, la tiene en la mente. Hacía mucho calor. Magdalena estaba acostada hacia la cabecera de la cama y mamá hacia los pies, pero ambas podían ver hacia el patio, con la claridad de la luna. En eso distinguen la figura de mi tía, con un camisón blanco. Azucena iba pasando frente a la cama, mirándolas con la sonrisa bonita que la caracterizaba, caminando hacia el patio y regresando como en ida y vuelta. Magdalena se sienta en la cama y le pregunta a mi mamá si la había visto y ésta le contesta: "Ay, Magdalena, estoy aquí que no me atrevo ni a moverme, porque estoy con el cuerpo todo" henchinado". ¿Qué, era Azucena"? Y contesta Magdalena: "Ella era, ella era".

Clementine había llevado como única alhaja unos aretes de perlas y esa mañana, después de lo ocurrido, se estaban arreglando para ir de nuevo a organizar los rosarios, cambiar el agua de las flores, darle desayuno a los que estaban en la casa y volver a la casa vieja. Cuando se iba a poner los aretes que había colocado debajo de su almohada, no los encontró. Parece ser que las perlititas rodaron y cayeron al piso. Cuando salió mi tía del baño, le dice mi madre: "Ay, Magdalena, Azucena se llevó mis aretes. Como andaba en la madrugada dando vueltas por acá, se llevó mis aretes". Ella le contesta: " Ay no, hermanita, como los vi en el suelo, los eché dentro de tus zapatos".

En una de esas noches de rosario se apareció una muchacha muy guapa, alta, morena clara, con el cabello largo pintado como de rojo, muy maquillada. Le dice Magdalena a mi madre: "Esa es Irma. La muchacha de quien Jaime estaba enamorado". Cuando esta niña ve a Clementine, se le acerca y le dice: "Ay, tía, yo no te veía desde hace muchísimos años". Le pregunta mi madre que cómo le iba y ella le cuenta que ya se estaba mejorando. Viviendo en la capital al salir de una fiesta, la asaltaron, subieron en un auto, la violaron, le rompieron el brazo y le fracturaron una pierna. Le enseñó cómo le había quedado su extremidad, encogida como cuando a uno le acaban de quitar un yeso. Pregunta mi madre: ¿"Qué estabas haciendo, habías bebido licor, o qué"? Y ella le contestó que consumía drogas y ahora se estaba rehabilitando, que trabajaba. También le preguntó por Jaime. Le dijo a mamá que se había enterado por todo lo que había pasado su primo con la obsesión por ella; que estaba dispuesta a irse a Panamá para ayudarlo. Por supuesto que mi madre se lo agradeció, pero jamás se lo comentó a su hijo para no atormentarlo más.

Sólo quedan de esa gran ascendencia familiar mi madre y mi tía Magdalena. Luchó mi madre toda una vida y aún hoy lo hace. Lleva una vida decorosa, sin privaciones. Hoy día es capaz de realizar cualquier capricho o lujo. Levantó un hogar, una familia. Al principio con muchas privaciones. Hoy sin necesidad económica alguna. Se forjó todas sus metas y las logró. No heredó ningún bien económico pero, para su orgullo, nunca lo ha necesitado.

Hace diez años que mis padres viven en una hermosa finca, muy grande, muy verde. Ellos determinaron que el irse al campo era lo mejor para mis dos hermanos enfermos. Acaban de cumplir cincuenta años de unión. Decidieron casarse por la iglesia, ya que mi padre biológico falleció; él era el impedimento para que Dios bendijera esta unión.

Cuando mi padre genético murió, me nombró como albacea de su testamento, a pesar de que yo no quería encargarme de sus asuntos. Si no había recibido el cariño de él, qué me iban a importar sus cosas, menos aún sus objetos materiales.

Tuve otros hermanos que fui conociendo con el tiempo, pero que en realidad no dejaban de ser para mí desconocidos, ya que yo tenía una familia y era la que compartí con mi madre Clementine y mi padre Juan José. No es fácil contemplar así de repente una persona de la noche a la mañana y saber que es tu hermana o tu hermano. Gente que uno ni conoce. De madres desconocidas para mí y un padre que, aunque me engendró, no era el que me había dado el calor de hogar.

Mi padre genético dejó a cada uno de sus hijos una casa. La que yo heredé estaba ubicada en Cuernavaca. Opté por arreglar todos los papeles, buscar al notario y se la di a la mujer con la que había vivido en los últimos años, a la que no le había dejado ni un quinto. En realidad, ya se había muerto, sentía yo que no tenía nada que ver con él. Es más, no sé ni por qué razón me había nombrado su albacea.

Deborah, mi esposa, conociéndome tan bien, sabía que nada iba a hacerme cambiar de idea y aceptar la casa. Ella respetó mi decisión y decidimos, que cuando mis hijos quisieran ir a Cuernavaca, se pagarían una habitación en algún hotel. No se habló más del tema.

Juan José, días después de seguir la misa de media noche que oficia el Papa para año nuevo y sentir con Clementine, en su recámara, el incienso que echaba el papa, le pidió que se casaran por la iglesia. Ella, frescamente, dijo que iba a pensarlo. Luego se habló con el Obispo de nuestra ciudad y él, muy dispuesto, los casó en su capilla privada. Fueron acompañados por Manuela, Jaime y Sebastián, además de tres religiosas que no quisieron perderse la ceremonia.

Se programó una gran recepción para invitar a todos los amigos y parientes a las Bodas de Oro. Todos los que viven en el extranjero estaban dispuestos a venir. La ilusión por la fiesta era grande. Nos manteníamos en contacto los hermanos planificando, qué queríamos hacer. Unos abogaban por irnos en un crucero, otros preferían la fiesta en la finca. Una de mis hermanas, que nos reuniéramos en Europa. Pensamos también en México, ya que mi madre procede de allá.

Efectivamente hubo una fiesta, pero meramente familiar. Con mucho recogimiento y sentimiento. Antonio hizo el brindis recordándome. Leyeron un pasaje de la Biblia. Hubo velas encendidas, villancicos y también lágrimas.

Mis padres cumplieron el 7 de diciembre de 1995 sus Bodas de Oro y yo, el hijo mayor, dejé este mundo el 19 de octubre del mismo año.

Siempre me entusiasmó la fiesta. Le decía a mi madre que, aunque fuera con bastón o en silla de ruedas, llegaría.

Sé que mis padres quieren pensar que estuve en espíritu y compartí con ellos la reunión familiar junto a Luz que vino con su hija de Inglaterra, Andrea que se presentó con sus dos hijos de Chile, la familia que vino de Chiapas, los que vinieron del interior del país, mis sobrinos, que también vinieron con sus respectivas parejas de Estados Unidos y sus hijos, o sea, los biznietos de mis padres. A la fecha, mis papás tienen trece nietos y cuatro biznietos.

CAPITULO ONCE



Aún tengo algo que decir

Y yo, a pesar de que ya no estoy, aún tengo algo que decir. Muchas cosas quedaron a medias. Siento que no dije todo lo que hubiera deseado decir. Siento en mi corazón que no expresé todo lo que guardaba para cada uno de mis hermanos, para mis padres, para mi esposa, para mis hijos, para mis amigos. Todos fueron importantes en mi vida.

A lo mejor por cuestión de personalidad o carácter nunca supe expresar mis verdaderos sentimientos, pero quiero que todos sepan que los amé mucho. Que a mis padres los recordaré por toda la eternidad. Que son dignos de llamarse padres. Que fueron un ejemplo de vida para nosotros. Sé que nunca es tarde. Ahora sé lo que es dar sin esperar algo a cambio, sin poner condiciones.

Heredé de ustedes los principios inculcados a través de todos esos años, las costumbres. Quiero que sepan que las raíces son muy profundas.

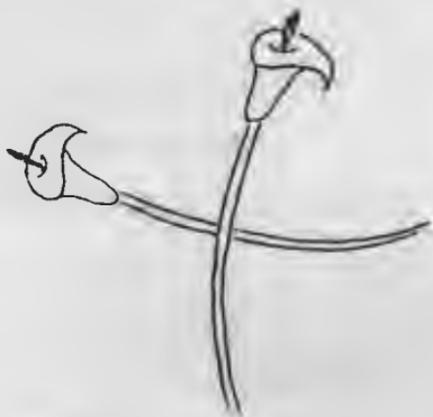
Agradezco a ese gran pueblo panameño por haberme acogido. Donde disfruté plenamente, conocí gente buena, me educó y elegí a mi esposa. Donde compartí un padre que sin serlo físicamente, lo fue moralmente, experimenté cosas maravillosas y pasé los mejores años de mi vida. Donde tuve una niñez feliz y luego una juventud que no pudo ser mejor.

Mamá, no me busques. Yo siempre estoy cerca. Mirame en el amanecer, en el atardecer, cuando veas un arco iris, cuando alguien te pida un pedazo de pan o un vaso de agua, cuando observes el mar y las olas reventar. Recuerda que yo soy parte de ti y tú serás siempre la madre que yo tanto amé.

El amor es la base de todo. El centro. El núcleo. Creí que era un triunfador, por tener una inteligencia privilegiada, que me ayudó a cumplir muchas metas que me impuse durante mi existencia. Logré muchas cosas, pero jamás pensé que todo esto era temporal, que llegaría el día en que todo quedaría atrás.

Es por esta razón, que aún tengo algo que decir. Quiero que recuerden siempre que hay algo más profundo, más esencial, algo más permanente, algo que sólo Dios da. La luz que Él nos da, es la luz que nunca se apagará. Yo ya no soy, pero aún estoy.

CAPITULO DOCE



El día de las cenizas

Un 23 de marzo, día soleado y primaveral
domingo de ramos, anuncio de muerte y
resurrección.

El mar, cual un espejo de esmeralda,
observando la ceremonia o ritual.

Amigos, familiares, padres, mujer e hijos,
todos en gran intimidad,
conmovidos por el recuerdo de
una muerte prematura, en un último viaje
acompañan sus cenizas a reposar.

La pequeña barca atraviesa
ese espejo en lento caminar,
haciendo cada vez más intenso
el sentir de sus pasajeros.

Algunos recuerdan anécdotas del difunto,
algunos en silencio sólo observan
sin entender.

Otro aprisiona en sus brazos el tesoro,
protegiéndolo quizá por primera y última vez.

No muy lejos del lugar,
en una casona cercana
hay una madre que solloza,
entre la desolación, buscando paz.
Reza un rosario y viendo hacia el infinito
se le escucha murmurar: "Hijo mío,
ya estás finalmente por llegar
a ese rincón del mundo
en el que decidiste descansar.

El viento sopla del Norte
hemos llegado al punto exacto
donde el difunto quería yacer.
Un colegio, una calle, un llano, un mar,
unos recuerdos de infancia, adolescencia,
sentimientos, inocencia, placer.
Y después de recorrer un mundo,
aquí quiso al final del camino permanecer.
Su mujer apoyada por su hijo,
abrió el ánfora.
Entre lágrimas, balbuceando un hasta pronto,
las dejó caer como si fuera cristal en polvo y
se pudiese romper.

Se fue formando un camino, tan largo o corto
como fue su vivir sobre el mar.
Flores blancas se dejaron caer.
Una cruz
en día de ramos,
acompañó a este ser.

EPILOGO

En un plano superior, lo narrado trasciende la relación entre madre é hijo desaparecido, no por carecer de hermosura, sino por abordar la serie de eventos que dieron lugar a la existencia de Clementine y la de su hijo Mario.

Expuesta así, la obra constituye más que la historia de un conglomerado familiar que abarca seis generaciones. Nació por separado en México y Panamá. La unión o alianza amorosa binacional, más sólida que cualquier pacto de unión política, se produjo al arribar a la etapa generacional representada por Juan José y Clementine.

El relato constituye una oda de alegría, al amor, una praxis de virtudes desde las cardinales hasta las demás que enriquecen el recto comportamiento humano. La solidaridad, la compasión, el espíritu de sacrificio, el afecto han contribuido a la existencia de un nexo que ha permitido a la familia superar todas las crisis y desventuras.

Tan fuerte son esos lazos forjados en el transcurrir de muchos años, que han posibilitado el triunfo sobre la muerte. En efecto, Mario no ha muerto. El amor que sus padres, sus hermanos y demás familiares sienten por él y simultáneamente el afecto que siente por nosotros, ha hecho posible que permanezca entre los vivos a pesar de haberse desprendido de su envoltura corporal.

" Aún tengo algo que decir" da rienda suelta a las vivencias de un personaje en cada uno de sus capítulos.

Con un lenguaje sencillo se le brinda al lector ese calor humano, trascendiendo a veces la realidad con hechos que ubican a la autora en un sitio sublime.

Belinda M. de Meléndez

Profesora de Español

INDICE

Prólogo	3
Capítulo primero	
<i>¿Qué piensan hacer conmigo?</i>	5
Capítulo segundo	
<i>Ya yo no soy</i>	13
Capítulo tercero	
<i>Los hijos de Isabel</i>	23
Capítulo cuarto	
<i>Nupcias</i>	35
Capítulo quinto	
<i>Un comienzo difícil</i>	43
Capítulo sexto	
<i>Castillo de Teayo</i>	51
Capítulo séptimo	
<i>Separación corta</i>	57
Capítulo octavo	
<i>Del Pacífico al Atlántico</i>	63
Capítulo noveno	
<i>Los hijos de mi madre</i>	79
Capítulo décimo	
<i>Cosas de mamá</i>	97
Capítulo undécimo	
<i>Aún Tengo Algo que Decir</i>	109
Capítulo duodécimo	
<i>El día de las cenizas</i>	113
Epílogo	119